

DEL LIBRO CONFERENCIAS (“COLACIONES”) DE JUAN CASIANO

CONFERENCIAS IX Y X SOBRE LA ORACIÓN



Juan Casiano

IX

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD ISAAC DE LA ORACIÓN

EXPOSICIÓN DEL ABAD ISAAC SOBRE LA ORACIÓN

Con el favor divino espero cumplir lo prometido en el libro segundo de las *Instituciones*, en torno a la oración perseverante y continua. Para ello voy a traer a colación al abad Isaac, aduciendo aquí sus conferencias. Confío satisfacer así al mandato del santo obispo Cástor, de feliz memoria, no menos que a tus deseos, venerable obispo Leoncio, y a los tuyos, venerable hermano Heladio.

Pero ante todo, te ruego excuses la amplitud de la obra. A pesar de que mi intención había sido ser conciso, silenciando muchas cosas accesorias, no obstante, reconozco haber colmado la medida y aún haber excedido los límites que me había fijado. El bienaventurado Isaac expuso muchos usos y costumbres y se entretuvo en la exposición de

un sinnúmero de pormenores que yo, en gracia a la brevedad, he debido cercenar.

Hacia el final dijo Isaac estas palabras:

II. El fin del monje y la más alta perfección del corazón tienden a establecerle en una continua e ininterrumpida atmósfera de oración. De esta suerte llega a poseer, en cuanto es posible a nuestra fragilidad humana, una tranquilidad inmóvil en la mente y una inviolable pureza de alma. Constituye éste un bien tan preciado, que tratamos de procurárnoslo al precio de un trabajo físico incansable y a trueque de una continua contrición de espíritu. Media una relación recíproca entre estas dos cosas que están inseparablemente unidas. Porque todo el edificio de las virtudes se levanta en orden a alcanzar la perfección de la oración. Y es que si la oración no mantiene este edificio y sostiene todas sus partes conjugándolas y uniéndolas entre sí, no podrá ser éste firme y sólido, sin subsistir por mucho tiempo. Esta tranquilidad estable y esta oración continua de que tratamos no pueden adquirirse sin estas virtudes; y estas virtudes, a su vez, que son como los cimientos, no pueden lograrse sin aquélla.

Sería una quimera querer tratar con precipitación y a la ligera de los efectos de la oración, e incluso estudiarla en aquel grado sumo que implica la práctica de todas las virtudes. Importa, ante todo, examinar gradualmente las dificultades que es menester conjurar y los preparativos que se imponen para llegar a su feliz término. Como que la parábola del Evangelio nos enseña a calcular con diligencia y hacer acopio de los materiales que son necesarios para la construcción de esta ingente torre espiritual.

Pero también estos materiales ensamblados serían de muy poco provecho e incapaces de sustentar la techumbre sublime de la perfección sin contar con un requisito previo. Esto es: desarraigar en primera línea nuestros vicios y arrancar de nuestra alma los tallos de las pasiones, poniendo al desnudo las raíces muertas. Luego, echar sobre la tierra firme de nuestro corazón, o mejor, sobre la piedra de que nos habla el Evangelio, las sólidas bases de la simplicidad de la humanidad. Merced a ellas esta torre que intentamos levantar podrá asentarse inmovible, rodeada de nuestras virtudes y erguirse segura en su propia solidez hasta los cielos.

Quien construye sobre tales fundamentos no tiene nada que temer. Aunque irrumpan contra ella las tempestades de las pasiones y azote sus murallas al torrente furioso de la persecución; por más que las potestades enemigas se levanten cual huracán proceloso y embistan su mole, ésta se mantendrá firme contra viento y marea no sufriendo la más leve sacudida.

SOBRE LA PUREZA Y SINCERIDAD DE LA ORACIÓN

III. Por consiguiente, para llegar a aquel fervor y pureza que exige la oración, es menester una fidelidad a toda prueba.

Ante todo, hay que suprimir a rajatabla toda solicitud por las cosas temporales. Eliminar en seguida no solo el cuidado, sino también el recuerdo de asuntos y negocios que nos solicitan. Debemos renunciar asimismo a la detracción, a las palabras vanas, habladurías y chanzas. Atajar todo movimiento de cólera o de tristeza. En fin, tenemos que exterminar radicalmente el fomes pernicioso de la concupiscencia y de la avaricia.

Una vez destruidos estos vicios y sus semejantes, que no puede menos de advertir la mirada humana, y tras de habernos empleado en esta purificación del alma que alcanza su cima en la pureza y simplicidad de la inocencia, se impone una labor positiva: debemos cimentarnos, ante todo, en una humildad profunda que sea capaz de sostener la torre que debe introducir su cúspide en los cielos; en seguida es necesario levantar el edificio espiritual de las virtudes; y, finalmente, inhibir nuestra mente de toda divagación, de todo pensamiento lúbrico. Así se irá el alma elevando paulatinamente hasta la contemplación de Dios y de las realidades sobrenaturales.

Porque no es dudoso que todo cuanto ocupa nuestro espíritu antes de la plegaria, la memoria lo evoca, queramos o no, mientras oramos. Conviene, pues, prepararnos de antemano para hacer luego en la oración lo que deseamos ser. Las disposiciones del alma a la oración dependen a no dudarlo, del estado que le ha precedido. Nos postramos para la plegaria: al punto se proyectan, idénticos, en la imaginación, los actos, las palabras y los sentimientos que la han alimentado con anterioridad. Y según fue su naturaleza, suscitan en nosotros reacciones diversas. Así, unas veces renace la ira o la tristeza; otras, se despiertan nuestras apetencias y deleites; otras, en fin, estallamos en una risotada necia, al recordar - causa vergüenza el decirlo - una palabra o acción jocosa y es que nuestra fantasía, como en un vuelo rápido e incoercible, toma a la divagación fugaz en que antes de la oración había consentido.

Si no queremos ser víctimas, mientras oramos, de ideas ajenas e importunas, es indispensable que antes de la plegaria las desechemos con rotunda decisión. Entonces, podremos poner en práctica el precepto de San Pablo: "Orad sin cesar". Y: "Oren en todo lugar, levantando las manos puras, sin ira ni discusiones". Pero no olvidemos que seremos incapaces de ello si nuestra alma no se purifica antes de todo vicio y no se consagra al ejercicio de la virtud como a su bien propio, para nutrirse de la contemplación del Dios omnipotente.

* * *

IV. Al alma se la compara, no sin justo título, a la fina pelusa o a una pluma ligera. Si la humedad no las penetra, es tal la movilidad de su sustancia, que el menor soplo las eleva naturalmente y las empuja hacia lo alto. Si, por el contrario, llega el agua a rozarla o impregnarla levemente, se tornan grávidas y pesadas. Ha desaparecido el vuelo ágil a que daba lugar su natural ligereza. El peso del líquido absorbido las abisma hasta el polvo.

Cosa pareja acontece con nuestra alma. Si los vicios y cuidados del mundo no llegan a agrumarla o la pasión culpable no la mancilla, se alzarán por encima de sí misma, gracias al privilegio innato de su pureza. Entonces el más ligero soplo de los pensamientos de la fe le será suficiente para remontarse hasta las cumbres. Menospreciando las cosas percederas, se verá como trasportada a las celestiales e invisibles. Por eso nos dirige el Señor estas palabras en el Evangelio: “Estad atentos, no sea que se graben vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida”.

Si deseamos que nuestras oraciones penetren los cielos y suban todavía más alto, hagamos por libertar nuestra alma de toda escoria y purificarla del lastre de las pasiones, devolviéndole su agilidad natural. Sólo así su plegaria, libre del peso muerto de los vicios, se elevará sin trabas hacia Dios.

V. Son de notar las causas que, al decir del Señor, motivan la pesadez del alma. No ha querido mentar el adulterio, la fornicación, el homicidio, la blasfemia ni el robo, porque todo el mundo sabe que estas cosas causan de suyo la muerte y la condenación. En cambio, ha hablado de la intemperancia, de la embriaguez y de los cuidados o solicitudes de la vida. Cosas que no sólo la gente del mundo son remisos en evitar, sino que muchos que se precian del nombre de monjes - sonroja hablar así - se lían en tales negocios y cuidados, cual si fueran inocuos y hasta provechosos.

Estos tres vicios, aunque en rigor y tomados a la letra entorpecen el alma, la separan de Dios y la humillan a ras de tierra, es fácil orillarlos. Máxime a nosotros que estamos tan alejados del mundo y de su estilo de vida. En efecto, no tenemos ocasiones para dejarnos seducir por semejantes desvelos ni por el exceso en el comer y beber.

Pero existe otra clase de gula, de efectos no menos perjudiciales; una embriaguez espiritual, mucho más difícil de soslayar; otra especie de cuidados y solicitudes temporales. Tan cierto es esto, que a pesar de haber renunciado totalmente a nuestros bienes, y vivir en el yermo en la abstinencia completa de bebidas y manjares, estas pasiones no dejan, con frecuencia, de cogernos en sus redes.

De ellas dice el Profeta: “Despertaos los que estáis ebrios, y no por el vino”. E Isaías dice: “Espantaos, asombraos, ofuscaos, cegad. Embriagaos pero no de vino”. El vino que provoca esta embriaguez no puede ser otro, al decir del Profeta, que “el veneno de dragones”. Y ved de qué raíz proviene: “De cierto, su vid es de los viñedos de Sodoma; de los campos de Gomorra sus sarmientos”. ¿Queréis conocer el fruto de esta viña y el producto de sus vides? Escuchad: “Sus uvas son uvas ponzoñosas, sus racimos son racimos amarguísimos”.

En efecto, si no estamos purificados de todo vicio y libre de las pasiones, haciendo de la sobriedad nuestra virtud, mal podemos renunciar al exceso del vino y la intemperancia de los manjares. El peso de una ebriedad y de una saciedad más nocivas todavía, gravará inexorable nuestro corazón.

Lo cual prueba con evidencia que los cuidados de la vida presente pueden ejercer un poderoso influjo sobre nosotros, aún cuando nos mantengamos ajenos a los actos del mundo. De ahí la regla establecida por los ancianos, quienes aseguraban que todo cuanto excede las necesidades de la vida cotidiana y los menesteres de la carne sabe a cuidados y solicitudes del mundo.

Supongamos, verbigracia, que nos basta para satisfacer a nuestras necesidades una simple moneda, que ha sido producto de nuestro trabajo razonable. Pero he aquí que nos empeñamos en ganar dos o más a trueque de imponernos una tarea más grave y prolongada. Nos bastaría asimismo, para cubrirnos, dos túnicas: una para la noche y la otra para el día; y, sin embargo, ambicionamos tres o cuatro. Una o dos habitaciones serían más que suficientes para albergarnos, pero el afán de poseer y desenvolvemos como hace el mundo nos induce a construirnos cuatro y hasta cinco celdas, y por si esto fuera poco procuramos que estén lo mejor amuebladas posible y que sean más espaciosas de lo que exige en realidad nuestro provecho.

De este modo, en cuanto nos es dado, vamos siempre en pos de las pasiones y apetitos del siglo.

VISIÓN DE UN ANCIANO SOBRE EL TRABAJO FEBRIL DE UN MONJE

VI. Una experiencia a todas luces manifiesta nos enseña que son los demonios quienes nos impulsan a tales excesos.

Un anciano que gozaba entre los demás de gran reputación por su prudencia, pasaba cierto día junto a la celda de un hermano. Este, contagiado de esa fiebre morbosa de que hablábamos, se afanaba a diario en construir y reparar habitaciones innecesarias. Constituía para

él una verdadera inquietud. El anciano vio desde lejos que intentaba desmenuzar una roca muy dura manejando un pesado martillo. Junto a él divisó una especie de etíope que tenía sus manos enlazadas con las del monje, y golpeando a una con él la roca, le estimulaba a realizar esta tarea ímproba como con tizones encendidos.

El anciano se detuvo a cierta distancia y contempló largo tiempo la escena. Veía cómo el cruel enemigo, asociado a su trabajo, le apremiaba en aquella imaginaria ilusión. El pobre monje jadeante, intentó hacer una pausa en su labor para cobrar aliento y dar fin a su tarea. Pero al punto el antiguo enemigo le espoleaba de nuevo. Había que asir otra vez el martillo y continuar con ritmo igual la labor comenzada. Incitado de esta suerte sin darse un punto de reposo, el hermano no reparaba en el abuso de que era objeto.

Entre tanto esta vejación conmovió profundamente al anciano, que atisbaba desde lejos. Por fin anduvo hasta la celda del monje. Le saludó y le dijo: “¿Qué obra es esa que estás haciendo, hermano?” A lo que respondió él: “Este peñasco es realmente durísimo y nos da mucho que hacer. Apenas si hemos podido hasta ahora romperle”. “Dices bien: no hemos podido. Porque no eras tú solo quien daba tan recios golpes sobre esa roca. Estaba contigo otro a quien tú no veías y permanecía junto a ti, no tanto para prestarte su ayuda, cuanto para excitarte con sus violencias”.

No basta para conocer que no somos ambiciosos ni amigos de ostentación el que vivamos al margen de aquellos negocios que, aunque queramos, no están a nuestro alcance y por lo mismo no somos capaces de tratar. Ni es suficiente tampoco menospreciar aquellas cosas a que no podríamos aficionarnos sin incurrir en la censura de hombres espirituales y de la gente del mundo. Antes bien, demostraremos que estamos libre de esa codicia mundana si rechazamos con firmeza todo aquello que parece lícito y que, por ende, podríamos hacer cubriéndolo con cierto pretexto decoroso.

Podrá objetarse que estas son naderías sin consecuencia. Y por eso, varones que profesan vida monástica no tienen reparo alguno en entretenerse en ellas. Pero en realidad de verdad, estas pequeñeces graban más nuestro espíritu que los asuntos de mayor monta que suelen ocurrir a las gentes del siglo hasta enajenarse por ellos. Porque impiden al monje, limpio de las heces del mundo, remontarse libremente hacia Dios. En definitiva, aquí es a donde debe tender él con todas las fuerzas de su ser, de tal forma que el apartarse de este bien soberano - aunque no sea más que un ápice - debe reputarlo como una auténtica muerte y como el peor de todos los males.

Cuando el monje, después de verse libre de los lazos de las pasiones, permanezca fijo en esta paz, cuando su corazón sea arrebatado hacia el único Bien supremo, habrá cumplido en sí mismo la palabra del

Apóstol: “Orad sin cesar”; y: “Orad en todo lugar, levantando las manos puras, sin ira ni discusiones”.

Efectivamente, el alma queda abismada y absorbida si vale la expresión, en esta pureza. De la condición terrena a que su natural propende, surge y se muda en otra semejanza espiritual y angélica. En lo sucesivo, todos sus sentimientos, sus palabras y sus actos son una oración purísima y aquilatada, sin mezcla de sentimientos bastardos.

ES MÁS DIFÍCIL GUARDAR LOS BUENOS PENSAMIENTOS, QUE EXCITARLOS

VII. GERMÁN. Ojalá tuviéramos la misma facilidad en conservar los pensamientos santos, que la que tenemos, por lo común, en concebirlos. Porque apenas se insinúa en nosotros el recuerdo de una palabra de la escritura o de una buena acción, o la contemplación de los misterios sobrenaturales, en el mismo instante se hacen huidizos y se desvanecen como por ensalmo. Descubrir una fuente nueva e introducirse en seguida la distracción es una misma cosa. Y aún con ocasión de otros pensamientos espirituales que había logrado guardar al principio nuestra mente, se esfuman tarde o temprano cuando la inconstancia les depara la fuga.

El alma es incapaz de concentrar su atención. Ni depende de su albedrío dar constancia a sus buenos pensamientos, inclusive cuando parecen retenerlo con más o menos fortuna, es creíble que no son fruto de su industria sino que los ha captado al azar. Y ¿cómo atribuir su origen a nuestra libre voluntad, cuando de hecho el conservarlos no depende de nosotros?

Pero me temo que el examen de este aspecto nos lleve demasiado lejos. Con lo cual no haríamos más que demorar la elucidación que nos has prometido sobre la naturaleza de la plegaria. Será, pues, mejor que lo reservemos para estudiarlo a su debido tiempo.

Por el pronto, te pedimos encarecidamente que nos digas en qué consiste la oración. Tenemos una razón de peso para hacerlo así en la admonición que nos hace San Pablo al decirnos que no debemos interrumpirla jamás: “Orad – dice - sin intermisión”. De ahí nuestro deseo de que nos instruyas sobre la naturaleza y sobre las cualidades que deben adornarla. Y también, por supuesto, sobre el medio de perseverar en ella hasta devenir continua y habitual.

Estamos persuadidos de que no llegará nunca a la oración perfecta quien no se aplique a ella con íntima tensión del corazón. Es éste un hecho que atestigua la experiencia cotidiana, no menos que tus

palabras autorizadas. Has dicho que el fin y la más alta perfección del monje radica en la oración perfecta.

VIII. ISAAC. Es poco menos que imposible distinguir todas las formas de oración. A no ser, claro está, que se goce de una pureza de corazón consumada y nos ilumine la luz del Espíritu Santo. Su número corresponde a los diferentes estados o disposiciones en que se halla un alma, o mejor dicho, todas las almas. Pero, aunque soy incapaz de columbrarlas todas, debido a la insensibilidad de mi corazón, procuraré, sin embargo, describirlas en la medida que me lo permita mi escasa experiencia.

La oración es correlativa del grado de pureza a que ha llegado el alma. Sigue, por lo mismo, cauces distintos, aun cuando ello sea debido a influencias extrañas o espontáneas, es decir, a impresiones de cosas exteriores que le acontecen o de fenómenos interiores que la modifican. Es indudable que nadie permanece idéntico a sí mismo en todo tiempo. Por tal razón, la oración varía según el clima espiritual en que vivimos. Se ora muy diferentemente cuando se está alegre que cuando se está triste, bajo la impresión del desánimo. Oramos de una manera cuando nos acarician los éxitos espirituales, y de otra cuando nos aplasta el peso de la tentación; cuando imploramos el perdón de los pecados y cuando pedimos una gracia, una virtud o la extinción de un vicio cualquiera. Uno es el modo de orar cuando nos animan sentimientos de compunción que excita el pensamiento del infierno y el temor de la justicia, y otro, cuando flagramos en deseos de la esperanza de los bienes futuros. Oramos de una manera cuando nos hallamos frente a frente con la adversidad y el peligro, y de otra cuando nos sentimos en medio de la paz y la seguridad. En fin, no es igual nuestra oración cuando nos sentimos inundados de luz por la revelación de los misterios celestes, que cuando nos vemos paralizados por la esterilidad y las sequedades del espíritu.

DE CUATRO ESPECIES DE ORACIÓN

IX. He expuesto los diversos modos de oración. Aunque no según exige la amplitud de la materia, sino en cuanto lo consiente la premura del tiempo y mi obtusa inteligencia. Nos sale ahora al paso una dificultad mayor: analizar en particular los diversos géneros de oración.

El Apóstol distingue cuatro: “Ante todo ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias”. Indudablemente, esta división no es arbitraria. Primero, procede indagar lo que significan los términos “súplica”, “oración”, “intercesión” y “acción de gracias”. En seguida estudiaremos si en la plegaria hay que adoptar a un tiempo estas cuatro especies de oración o si será mejor hacer uso de ellas alternativamente. Es decir, si es menester unas veces detenerse en la

súplica y otras en la oración; insistir unos días en la plegaria de intercesión y otros en la oración de gracias. O bien, si es mejor invertir el tiempo ofreciendo unas veces a Dios súplicas y otras oraciones, ahora intercesiones, después acciones de gracias. Y todo ello, si debe practicarse en función de la edad o del grado de perfección a que ha llegado cada cual, siguiendo los impulsos de su corazón.

X. La primera cuestión que hay que ventilar versa sobre el sentido exacto de los términos. Ante todo debemos subrayar la diferencia que hay entre orar, suplicar, interceder. Luego, importa discriminar si estos actos se realizan separadamente o todos a la vez; y según esto, averiguar si el orden establecido por el Apóstol encierra alguna enseñanza especial para los fieles, o más bien hay que interpretar esa gradación de forma más simple, o si es admisible que San Pablo la estableciera al desgaire y sin atención especial.

Esta última hipótesis es, a mi juicio, poco menos que absurda. No cabe que el Espíritu Santo haya hablado por boca del Apóstol a la ligera y sin motivo.

Volvamos, pues, sobre cada una de estas formas de oración, tratándolas con el favor de Dios, según el orden indicado.

DE LA PETICIÓN Y ORACIÓN

XI. “Te ruego ante todo que se hagan peticiones”. La *petición* es el grito, la plegaria que pide perdón por los propios pecados. Es el ruego apremiante con que, compungidos, imploramos el perdón de todos ellos, tanto presentes como pretéritos.

XII. La *oración*, en cambio, es el acto por el cual ofrecemos o dedicamos alguna cosa a Dios. Los griegos la llaman “voto”. Donde el griego escribe, en latín se lee: *Vota me Domino reddam*, “cumpliré los votos que he hecho al Señor”. Lo que en rigor podría expresarse así: “Cumpliré las oraciones que he prometido al Señor”. Se encuentra todavía en el Eclesiastés: “Si haces voto a Dios, no tardes en cumplirlo”. En griego, en cambio, se dice como en el texto arriba aducido: “Si prometes una oración al Señor, no difieras su cumplimiento”.

Por lo que a nosotros toca, he aquí cómo cumpliremos este precepto. Oramos cuando renunciamos al mundo y nos comprometemos solemnemente a morir a sus actos y a sus máximas, para servir al Señor con todo el ardor de nuestra alma. Oramos cuando prometemos renunciar a la gloria del mundo y pisotear las riquezas de la tierra, con el propósito de adherirnos al Señor por la contrición y pobreza de espíritu. Oramos cuando hacemos voto perpetuo de castidad perfecta y guardar una paciencia inalterable, y cuando nos resolvemos a

desarraigar por completo de nuestro corazón las raíces de la ira y de esta tristeza que engendra la muerte.

Si, infieles a nuestra promesa, la relajación nos enerva y volvemos a nuestro antiguo modo de vivir, nos haremos reos de nuestra oración y de nuestros votos, y podrá decirse de nosotros: “Mejor es no prometer que dejar de cumplir lo prometido”. Palabras que, según el griego, podrían expresarse así: “Mejor es no orar, que hacerlo y ser infiel”.

DE LA INTERCESIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

XIII. En tercer lugar figura la *intercesión*. Es la plegaria que solemos elevar a Dios en favor de los demás, movidos por el entusiasmo del fervor que anima y caldea el alma. Y ello, ya sea que nuestros ruegos se refieran solamente a aquellos que nos son caros, ya sea que tengan por objeto la paz del mundo o - para usar el lenguaje de San Pablo - comprendan “la humanidad entera y los reyes y personajes constituidos en dignidad”.

XIV. En cuarto lugar están las *acciones de gracias*. Cuando el alma recorre con la imaginación los beneficios que antaño recibió de Dios y considera aquellas gracias de que la colma en el presente, o cuando endereza su mirada hacia el porvenir sobre la infinita recompensa que prepara el Señor a quienes le aman, le da gracias en medio de indecibles transportes de alegría. Incluso acontece a veces que este pensamiento la invita a rogar con más íntima efusión del corazón. Porque al contemplar con una visión aquilatada y pura el galardón reservado a los santos en el cielo, se siente movida a entonar a Dios un himno de acción de gracias a impulsos de una alegría sin límites.

XV. He ahí, pues, cuatro veneros inagotables de oración, que son causa de muy devotas consideraciones y plegarias. Porque la súplica es origen del arrepentimiento y compunción de los propios pecados; el estado de oración que deriva de una conciencia pura es hijo de la lealtad en las ofrendas y de la fidelidad en las promesas; la intercesión nace del ardor de la caridad, y la acción de gracias - que es producida por la visión de los beneficios de Dios - procede de su bondad y grandeza. Y las cuatro cristalizan en plegarias fervientes y afectos acendrados de caridad.

Ahora bien: no es dudoso que todas pueden ser útiles y hasta indispensables a cada cual en particular. Y cabe en lo posible que una misma alma, habida cuenta de las diversas alternativas por las que pasa su vida, ofrezca las más fervientes súplicas, oraciones e intercesiones. No obstante, la primera forma parece más en consonancia con los principiantes que viven a merced todavía de los embates de los vicios y a quienes asedia aún el remordimiento. La segunda se armoniza muy bien con aquellos que han progresado ya en

la búsqueda de la virtud, columbrando ya sus cimas. La tercera conviene a aquellos cuya vida está de acuerdo con sus promesas. La fragilidad del prójimo aviva en ellos el ardor de su caridad y les mueve a interceder por sus semejantes. La cuarta es patrimonio de aquellos que han desarraigado de su corazón la espina pungente que hundía en él su conciencia intranquila. Sumidos en una calma perdurable, su alma pura va desgranando la suma de misericordias que ha derramado sobre ellos el Señor en el pasado, las que al presente les depara y las que seguirá prodigándoles en el futuro. Su corazón se inflama y es arrebatado en esta oración por un fuego que el lenguaje humano no puede explicar.

A veces, al llegar el alma a este estado de verdadera pureza, y a medida que se arraiga en él, afloran al mismo tiempo en su más honda intimidad todas las formas de plegaria. Como una llama imperceptible y devoradora, va de una a otra con una velocidad asombrosa. Se desahoga en preces vivas y puras, que el mismo Espíritu Santo - sin darnos cuenta - dirige en mística exhalación a Dios en gemidos inenarrables. En este solo instante de inefable oración concibe y al propio tiempo deja desbordar de la entraña misma de su ser tantos sentimientos, que le es imposible en otro momento, no digo ya expresarlos, pero ni siquiera recordar.

Cabe también en lo posible que llegue el alma a la oración intensa y pura, cualquiera que sea el estado en que se encuentra, incluso en el primero y más humilde, cual es la meditación del juicio. Mientras tiembla de horror y espanto ante la idea del terrible examen y del castigo reservado a los culpables, se siente de pronto profundamente compungida y galvanizada. Al humilde ejercicio de rogar por sus pecados suceden oleadas de alegría y entusiasmo. Al igual que aquélla, que en la pureza de su corazón considera las grandezas de Dios y se derrite a un tiempo en la alegría y gozo inefables que inundan todo su ser. Según la palabra del Señor, comienza a amar más porque ve que se le ha perdonado más.

XVI. Debemos, no obstante, tener nuestras preferencias. Nos conducirán por nuevos cauces de vida interior y hacia la práctica perfecta de las virtudes aquellas formas de oración que tienen su raigambre en la contemplación de los bienes eternos y en el ardor de la caridad. O bien, para adaptarnos a la capacidad de los principiantes, aquellos modos de plegaria que tienen su origen en el deseo de adquirir una virtud o de extirpar una pasión.

Efectivamente, no podríamos llegar a aquella oración sublime de que hablamos al principio si no pasáramos antes por estas peticiones previas, que tienen la virtud de elevarnos paulatinamente y por grados hasta ella.

EL EJEMPLO DEL SEÑOR

XVII. El mismo Señor se ha dignado iniciarnos en estas cuatro especies de oración, dándonos ejemplo de ello. También aquí se ha cumplido lo que se dijo de El: “Todo lo que Jesús hizo y enseñó desde su principio”.

Adopta la oración de súplica en estas palabras: “Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz”. Y en estas otras que el Salmista pone en sus labios: “¡Oh Dios, Dios mío, vuelve a mí tus ojos! ¿Por qué me has desamparado?”. Y así, en muchas otras.

Modelo de oración lo encontramos en este pasaje: “Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar”. Y aún en este que leemos poco después: “Y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados de verdad”.

El Señor intercede cuando dice: “Padre, aquellos que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado”. Y asimismo en otro lugar: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Y he aquí un ejemplo de acción de gracias: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te agradó”. O también cuando exclama: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado; bien es verdad que yo sé que siempre me oyes”.

Pero aun admitiendo, como hemos indicado, que era lícito separar las cuatro especies de oración para hacerlas en distintos momentos, el Señor, con su conducta, nos ha enseñado que podían barajarse en una sola plegaria perfecta. Me refiero a la que leemos al final del Evangelio de San Juan. En ella vuelca el Señor toda la efusión de su corazón. El pasaje es demasiado extenso para aducirlo aquí íntegro. Mas quien lo analice con cuidado reconocerá por la misma trama del texto que es así como decimos.

San Pablo, en la epístola a los filipenses, expresa evidentemente la misma idea, al mentar, aunque en un orden un tanto diverso, estos cuatro géneros de oración. Muestra bien a las claras que deben alguna que otra vez fundirse en una misma e idéntica súplica: “En todo presentad a Dios vuestras peticiones por medio de la oración y de la plegaria, acompañadas de acción de gracias”. Con ello ha querido enseñarnos de un modo particular que en la oración y la súplica, la acción de gracias debe conjugarse con la petición.

XVIII. A estos diversos géneros de oración seguirá un estado más sublime y más excelso todavía, que consiste en la contemplación de sólo Dios. Parte del ardor de la caridad. El alma se esponja y se abisma en la santa dilección, dialogando con piedad y familiaridad sumas con Dios como con su propio Padre.

Es para nosotros una obligación tender a ese sublime estado. La fórmula de la plegaria del Señor nos lo enseña al decir: “Padre nuestro”. Confesamos que el Dios y Señor del universo es nuestro Padre. Con ello proclamamos que hemos sido llamados de la servil condición de esclavos a la de hijos adoptivos.

Añadimos: “Que estás en los cielos”. El tiempo de nuestra vida es más que un destierro, y esta tierra, una mansión extraña, que nos separa de nuestro Padre. Debemos odiar cordialmente esta separación, suspirando por llegar a aquella región celeste en donde confesamos que vive nuestro Padre. Que nada en nuestra conducta nos haga indignos de la profesión que hacemos de ser sus hijos y de la nobleza de semejante adopción. No suceda que, como a hijos infieles, nos prive de su herencia, incurriendo en su ira y en la severidad de su justicia.

Una vez arribados a esta alta dignidad de hijos de Dios, sentiremos consumirnos en esa piedad y ternura que reside en el corazón de todo hijo bien nacido. Entonces, sin pensar ya más en nuestros intereses, nuestro único anhelo será la gloria de nuestro Padre, y diremos: “Santificado sea el tu nombre”. Con lo cual certificamos que su gloria es todo nuestro gozo y todo nuestro afán, imitando a aquel que ha dicho: “El que de sí mismo habla, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ése es veraz, y no hay en él injusticia”.

Lleno de tales sentimientos, San Pablo, ese gran vaso de elección, llega incluso a suspirar por ser anatema de Cristo, con tal de poder ganar un día una familia numerosa y aumentar la gloria de su Padre por la salvación de Israel. Puede desear morir por Cristo quien sabe muy bien que es imposible perderse por aquel que es la Vida. Y añade aún: “Nos gozamos siendo nosotros débiles y vosotros fuertes”.

Por lo demás, ¿de qué maravillarse que San Pablo desee ser antema por la gloria de Cristo, para la conversión de sus hermanos y la salvación de su gente? ¿Por ventura del profeta Miqueas no deseaba también aparecer mentiroso y aun verse privado de la inspiración divina con tal que la nación judía pudiera escapar a los sufrimientos y a los desastres de la cautividad que él mismo había predicho con sus oráculos? “Pluguiera a Dios – exclama - que no fuera yo un hombre que tiene el espíritu profético, sino que fuera falso lo que digo”. Y paso en silencio el hermoso gesto del gran legislador Moisés. Si sus hermanos han de morir, no rehusa sufrir la misma suerte: “Señor – afirma -, cometió este pueblo un gran pecado. O perdónale este crimen, o si no lo haces, bórrame del libro tuyo que escribiste”.

Las palabras “Santificado sea tu nombre” podrían, asimismo, entenderse en el sentido de que Dios es santificado por nuestra perfección. Decirle, pues, “Santificado sea tu nombre” equivaldría, en otros términos, a decirle: “Padre, haznos tales que merezcamos conocer, captar la grandeza de tu santidad, probando que eres santo en nuestro modo de proceder, y que esa santidad tenga su eclosión y aparezca en nuestra vida”. Esto es lo que se cumple en nosotros de una manera eficaz cuando “los hombres ven en nosotros nuestras buenas obras y glorifican a nuestro Padre que está en los cielos”.

XIX. La segunda petición de un alma pura es desear que llegue cuanto antes el reino de su Padre. Con estas palabras pone la mira en primer término en el reino establecido cada día por Cristo en el alma de los santos.

Una vez el demonio ha sido expulsado de nuestro corazón con los vicios que en él imperaban, Dios establece su soberanía en nosotros, al tiempo que se difunde en nuestro interior la mística fragancia de las virtudes. A la fornicación vencida sucede la castidad; superada la ira, asienta la paz sus reales; sobre las ruinas de la soberbia se cierne el reino de la humildad.

Puede asimismo interpretarse del reino que ha sido prometido con anticipación a todos los perfectos y en general a todos los hijos de Dios. Un día les dirá Cristo: “Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que se os ha preparado desde la creación del mundo”. El alma tiene fijadas sus pupilas en ese término feliz y arde en deseos de alcanzarle, diciendo, mientras espera: “Venga a nosotros tu reino”. Sabe perfectamente, por el testimonio de su conciencia, que cuando suene la hora y aparezca, entrará a formar parte de este reino.

Por lo demás, ningún pecador se atreverá jamás a pronunciar estas palabras ni a desear con eficacia su cumplimiento. Es que la vista del tribunal es odiosa para quien presume que no habrá palma ni corona para recompensar sus méritos al llegar el juez, sino un castigo que vengará, fulminante, sus delitos.

XX. La tercera petición de los hijos es ésta: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. No cabe oración más alta que desear que la tierra merezca igualarse al cielo. Porque, ¿qué otra cosa es decir “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, sino que los hombres sean semejantes a los ángeles, y que, como éstos hacen en el cielo la voluntad divina, así los hombres cumplan también sobre la tierra no su propia voluntad, sino la de Dios?

Nadie podrá pronunciar del fondo de su corazón estas palabras, sino sólo quien crea que Dios dispone de todas las cosas en este mundo para nuestro bien, ya sean alegrías o infortunios; que se muestra más

próvido y solícito por la salud e interés de aquellos que le pertenecemos, que nosotros mismos.

También puede entenderse esta petición en el sentido de que la voluntad de Dios es que todos se salven, según aquella sentencia de San Pablo: “Quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”. El profeta Isaías habla asimismo de esta voluntad divina, cuando hace decir a Dios Padre: “Se hará siempre y en todo mi voluntad”. Al decir, pues, “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, equivale a formular, en otros términos, esta petición: “Como son bienaventurados y se salvaron los que hoy están en el cielo, así, oh Padre, lo sean también, por medio de tu conocimiento, los que moran en la tierra”.

DEL PAN SOBRESUSTANCIAL O DE CADA DÍA

XXI. A continuación, decimos: “Danos hoy nuestro pan sobresustancial”, que, según otro evangelista, es: “Nuestro pan de cada día”.

El primer calificativo señala la nobleza de su sustancia, que le eleva por encima de cualquier otra criatura, y hace que exceda por su sublime grandeza y santidad a todo lo creado. El segundo caracteriza el uso que hacemos de él y su utilidad. La palabra “cotidiano” indica que sin pan nos es imposible vivir un solo día en la vida sobrenatural. En cuanto al término “hoy”, muestra que debemos alimentarnos con él diariamente, y que no será suficiente haberlo recibido ayer si no se nos da igualmente hoy. Que la necesidad cotidiana que de él tenemos nos advierta que debemos hacer en todo tiempo esta plegaria. Porque no hay día en que este pan no nos sea necesario para afianzarnos en nuestro hombre interior.

Sin embargo, la palabra “hoy” puede entenderse también de la vida presente, como si dijera: “Mientras moramos en este mundo, danos este pan. Seguros estamos de que lo darás por toda la eternidad a los que lo habrán merecido. Pero te rogamos que nos lo concedas desde hoy, porque quien no haya procurado merecerlo en esta vida no tendrá parte en él en la otra”.

SOBRE ESTAS PALABRAS “PERDÓNANOS NUESTRAS OFENSAS”

XXII. “Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. ¡Oh bondad inefable de Dios, que no solamente nos brinda con esto un modelo de plegaria, sino también instituye la regla de la vida por la cual podemos ser agradables a sus ojos! Además,

por la exhortación tan apremiante que nos hace de usar constantemente de esta fórmula de oración, arranca de raíz la ira y la tristeza.

Más aún. Al rogarle nos conceda lo que pedimos, nos da ocasión y nos abre camino para inducirle a ejercer sobre nosotros un juicio indulgente y compasivo. En cierto modo nos da el poder de templar el rigor de nuestro juez y atenuar nuestra sentencia, puesto que le movemos al perdón, alegando el ejemplo de nuestra propia indulgencia, al decirle: “Perdónanos como nosotros perdonamos”.

Apoyándose en esta plegaria podrá con fe implorar el perdón de sus culpas aquel que se haya mostrado misericordioso con sus ofensores. Digo indulgente con sus ofensores, no con los de Dios. Porque se echa de ver en muchos una conducta censurable: solemos mostrarnos llenos de benignidad e indulgencia cuando se trata de perdonar las injurias hechas a Dios, por enormes que sean; y, en cambio, con un rigor inapelable, exigimos reparación cuando se trata de una ofensa que nos afecta directamente a nosotros, por insignificante que sea.

Según esto, a todo aquel que no haya perdonado del fondo de su corazón los agravios que le ha hecho su hermano, esta plegaria no le obtendrá el perdón, sino su condenación. Es lógico, porque al obrar así pedirá que le juzguen con mayor rigor, pues es como yo dijera: “Perdóname como yo perdono”. Si se le trata como él pide, ¿qué otra cosa puede sobrevenirle, sino que, a ejemplo suyo, Dios se muestre inexorable en su ira y pronuncie contra él una sentencia irremisible? Si deseamos ser juzgados con clemencia es preciso que seamos clementes con aquellos que nos han hecho alguna afrenta. Se nos perdonará en la medida en que perdonemos a los que nos han hecho algún mal, sea cual fuere su malicia.

Muchos tiemblan al pensar en esto. Y así, cuando en la sinaxis el pueblo recita el Padre nuestro, dejan de pronunciar estas palabras a sabiendas, por temor a condenarse a sí mismos con sus propios labios, en lugar de granjearse el perdón. Pero no se dan cuenta de que eso no es más que un vano artificio, una vana sutileza, que no puede ocultar su conducta a los ojos del soberano juez, que de antemano ha querido mostrar a aquellos que le invocan la manera como les ha de juzgar. Como no quiere que le encontremos un día severo e inabordable, nos ha indicado la regla de sus juicios, para que de la manera que deseamos que él nos juzgue, juzguemos también a nuestros hermanos. “Porque sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia”.

SOBRE ESTAS PALABRAS: “Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN”

XXIII. La petición que sigue después, “Y no nos dejes caer en la tentación”, plantea un difícil problema. Si rogamos a Dios que no permita que seamos tentados, ¿qué prueba daremos de nuestra constancia? Porque está escrito: “Todo hombre que no ha sido tentado, no ha sido por lo mismo probado”. Y también: “Feliz el hombre que sufre la tentación”.

Sin embargo, y a decir verdad, la frase en cuestión no significa “no permitas que seamos tentados jamás”, sino más bien “no permitas que al ser tentados seamos vencidos”. Job fue tentado, pero no fue inducido a la tentación. De hecho, no acusó a la Sabiduría divina, ni dirigió sus pasos sobre la senda de la impiedad y de la blasfemia, hacia la cual quería empujarle el tentador. Abraham fue tentado; lo fue asimismo José. Ni uno ni otro fueron inducidos a tentación, porque ninguno de los dos dio su asentimiento al tentador.

Finalmente, la última petición, “Y líbranos de mal”, equivale a decir: “No permitas que seamos tentados por encima de lo que podemos resistir, sino que con la tentación danos también favor para que podamos sufrirla y vencerla”.

* * *

XXIV. Tal es la breve fórmula de oración que nuestro juez nos ha dado, y que debemos adoptar a pie juntillas para rogar en su presencia. No se nos dice que pidamos riquezas; no se hace en ella mención alguna de dignidades, fortaleza, potencia. Ni por asomo se habla en ella de la salud física o larga vida. Quien ha hecho la eternidad no quiere que se le pida nada perecedero, nada vil, nada que pase con el tiempo. Y sería una injuria sin precedentes a su generosidad y munificencia omitir esas peticiones que nos hablan de perennidad, para solicitar más bien de él algún bien vano y transeúnte. Semejante ligereza de alma en la plegaria atraería la cólera de nuestro Juez, más bien que granjearnos su amor.

DE UNA ORACION MÁS SUBLIME QUE EL PADRE NUESTRO

XXV. Aunque esta plegaria entraña en sí toda la plenitud de la perfección, pues es el mismo Señor quien nos ha dado el ejemplo y el precepto a la par, no obstante, todavía puede elevar a un rango de vida más sublime a aquellos a quienes deviene familiar. Les encumbra, en efecto, hasta aquel estado supereminente de que hablábamos antes, hasta aquella oración de fuego, de pocos conocida y ejercitada, y que,

hablando con propiedad, podríamos calificar de inefable. Sobrepuja todo sentimiento humano. Porque no consiste ni en sonidos de la voz, ni en movimientos de la lengua, ni en palabras articuladas. El alma, sumergida en la luz de lo alto, no se sirve ya del lenguaje humano, siempre efímero y limitado. Toda su plegaria se desenvuelve en afectos del alma. Esta oración viene a ser en ella como un hontanar inagotable de donde el afecto y la oración fluyen a raudales y se precipitan de una manera inenarrable en Dios. Dice tantas cosas en un breve instante, que no podría en modo alguno expresarlas, ni siquiera recorrerlas después en su memoria cuando vuelve sobre sí.

Nuestro Señor nos muestra en sí mismo este estado de oración cuando se retira a la soledad de la montaña para orar en silencio. Y también cuando en la agonía del huerto derrama las gotas sangrientas de sudor, dándonos un ejemplo inimitable del ardor intenso que informaba su altísima oración.

DE DIVERSAS MANERAS COMO EL ALMA SE EXCITA A LA ORACIÓN

XXVI. ¿Quién podrá, por grande que sea su experiencia, describir las múltiples formas que reviste la compunción? ¿Quién podrá analizar a satisfacción el origen y las causas de este sentimiento capaz de arrebatarse el corazón de encendido ardor y hacerle suspirar en plegarias tan puras como fervientes? Voy a decir alguna cosa a guisa de ejemplo, según la luz que el Señor quiera darme para acordarme de ello.

En ocasiones, salmodiando, un simple versículo de un salmo ha bastado para situarme en esa oración de fuego. A veces la voz melodiosa de un hermano ha despertado a las almas de su letargo y ha sido parte para encender en ella una ardiente plegaria. Me consta, asimismo, que una salmodia imponente y grave ha excitado alguna vez el fervor, incluso en aquellos que no hacían sino escucharla pasivamente. De igual modo las exhortaciones y conversaciones espirituales de un hombre consumado en perfección han motivado una sacudida en espíritus abatidos y han hecho brotar en ellos un venero de oración. Por lo demás, la muerte de un monje o de una persona querida ha sido un motivo poderoso para despertar en mí sentimientos de verdadera compunción. Parejamente he comprobado que el recuerdo de mi tibieza y de mis negligencias enciende a veces en mi corazón un ardor saludable. Por eso, no cabe duda de que no faltan ocasiones innúmeras para salir de nuestra tibieza, mediante la gracia de Dios, y sacudir así la somnolencia.

XXVII. No es menos difícil indagar el modo como brotan del santuario íntimo del alma los diversos géneros de compunción. A menudo se revela su presencia por un gozo imponderable y por una íntima claridad

de espíritu. Tanto es así, que esa alegría, por ser tan vehemente y cálida, se hace insufrible. Entonces prorrumpe el alma en gritos de puro gozo, llegando hasta la celda vecina la noticia de su dichosa embriaguez.

A veces, por el contrario, el alma desciende a los abismos del silencio y se mantiene en una actitud callada y silenciosa. De pronto, la súbita ilustración de lo alto la llena de estupor y corta su palabra. Todos sus sentidos permanecen atónitos en el fondo de sí misma o completamente suspendidos, desahogándose entonces en gemidos inenarrables en la presencia de su Dios.

Otras veces, en fin, la inundan tales afluencias de compunción y dolor, que sólo las lágrimas son un sedante capaz de mitigar su sentimiento.

XXVIII. GERMAN. No desconozco del todo, a pesar de mi pequeñez, cierta experiencia de estos afectos de compunción. Con frecuencia he derramado lágrimas al recordar mis pecados. Y la visita del Señor me ha llenado de tal manera de esta alegría inefable de que hablas, que su misma inmensidad me hacía confiar en que Dios me había perdonado esas culpas porque lloraba. Yo creo que nada sería más sublime que este estado, si pudiéramos renovarlo a voluntad.

En circunstancias, movido del deseo de verter de nuevo estas lágrimas de compunción, pongo en juego todas mis fuerzas. Traigo a mi memoria mis yerros y delitos. Pero todo es inútil. Imposible encontrar otra vez la fuente de mi llanto. Mis ojos permanecen secos, duros como el pedernal: ni una sola lágrima asoma a ellos. Y así como me produce una alegría sin igual la abundancia de ellas, del mismo modo sufro después al no poder derramarlas cuando quisiera.

XXIX. ISAAC. Las lágrimas no son siempre fruto de un mismo sentimiento, ni son algo privativo de una sola virtud. A veces brotan de los ojos cuando el recuerdo de nuestros pecados, como una espina lacerante, hiere el corazón. De estas lágrimas se ha dicho: “Consumido estoy a fuerza de gemir; todas las noches inundo mi lecho, y con mis lágrimas humedezco mi estrado”. Y también: “Derrama día y noche lágrimas a torrentes; ¡no te des reposo, no descansen las niñas de tus ojos!” Algunas son efecto de la contemplación de los bienes eternos y del afán de sublimación que nos mueve a desear la posesión de la gloria celestial. Entonces es cuando manan con más abundancia, merced a la dicha inefable y a la alegría sin límites que experimentamos. Nuestra alma siente una sed devoradora cuanto insaciable del Dios vivo, y le hace exclamar: “¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios? Mis lágrimas son día y noche mi pan”. Y prorrumpe día tras día entre gemidos: “¡Ay de mí!, que se ha prolongado mi destierro; mucho anduvo mi alma en el exilio”.

En ocasiones, aunque nuestra conciencia no se reprocha falta alguna mortal, sin embargo, el temor del infierno y el pensamiento del juicio provocan en nosotros lágrimas de compunción. Lleno de este sentimiento de terror, el Profeta dirige a Dios esta plegaria: “No entres en juicio con tu siervo, pues ante ti no hay nadie justo”.

Hay todavía otro género de lágrimas. Son las que fluyen espontáneas, no por los pecados propios, sino por la malicia y dureza de los ajenos. Así Samuel llorando sobre Saúl. Así el Señor en el Evangelio al llorar sobre Jerusalén. Y retrocediendo a épocas anteriores, vemos a Jeremías, de quien son estas palabras: “¡Quién me diera que mi cabeza se hiciera agua, y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!”. Fruto del mismo pesar son las lágrimas de que se habla en el salmo ciento uno: “Como el pan cual si comiera cenizas, y mi bebida se mezcla con lágrimas”.

Consecuencia de un sentimiento diametralmente opuesto son las que hacen estallar en gemidos, en el salmo sexto, al Salmista penitente. Tales son las lágrimas del justo oprimido bajo el peso de las congojas y aflicciones de este mundo. Lo cual queda de manifiesto no únicamente en el texto, sino, incluso, en el mismo título del salmo, que dice: “Oración de un pobre afligido que eleva a Dios sus plegarias”. A este pobre alude el Evangelio cuando afirma: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

XXX. Entre estas lágrimas que brotan con naturalidad y las que se procuran cuando el corazón permanece duro y los ojos secos, media un abismo. No hay que creer, sin embargo, que sean del todo inútiles. Pueden, en efecto, buscarse, con buena intención, sobre todo por aquellos que no han podido alcanzar aún la ciencia perfecta ni están purificados de sus vicios pasados y actuales. Mas aquellos que han llegado al amor de la virtud, no deben torturarse así, ni aficionarse bajo ningún pretexto a las lágrimas del hombre exterior.

Por más que se consigan, no tienen, ni con mucho, punto de comparación con la efusión natural de las lágrimas. Antes bien, el esfuerzo que reclaman distrae al alma de la oración, haciéndola resbalar en pensamientos humanos. La desalojarán después de la cumbre sublime en que debe permanecer invariablemente fija, precipitándola en un relajamiento de su misma oración. Así se fatigará inútilmente hasta enfermar a causa de esas lágrimas forzadas y estériles.

SENTENCIA DEL ABAD ANTONIO SOBRE LA ORACIÓN

XXXI. Pero para que tengáis una visión clara de lo que es la verdadera oración, voy a citar una sentencia que no es de mi propia cosecha, sino del bienaventurado Antonio.

Le vi permanecer mucho tiempo en la plegaria. Y con tal ardor que a menudo los primeros rayos del sol naciente le sorprendían en su éxtasis. Y en una de esas ocasiones le oí exclamar en el fervor de su espíritu: “¡Oh sol!, ¿por qué vienes a turbarme? ¡te levantas tan temprano únicamente para arrancarme las claridades de la verdadera luz!”

Suya es también esta palabra, más divina que humana, sobre el grado más elevado de la plegaria: “La oración – decía – no es perfecta mientras el monje tiene conciencia de sí mismo y se da cuenta de que ora”. Y si aún, a pesar de mi cortedad, y a trueque de parecer audaz, se me permite agregar alguna otra cosa a esta sentencia admirable, diré lo que la experiencia me ha revelado sobre las señales por las cuales se conoce que una oración ha sido acogida por el Señor.

XXXII. Si ninguna duda asalta nuestra oración, y ningún pensamiento de desconfianza se apodera de nosotros, antes, al contrario, tenemos el sentimiento íntimo de haber obtenido lo que solicitamos en la efusión misma de nuestra plegaria, entonces ésta – no lo dudemos – ha sido eficaz cerca de Dios.

Porque lo que hace que seamos oídos y obtengamos lo que deseamos es la fe en la mirada de Dios sobre nosotros y la confianza de que tiene poder de concedernos lo que pedimos. Nuestro Señor no puede retractar el contenido de aquella sentencia suya: “Todo lo que pidáis al orar, creed que lo tendréis y se os dará”.

XXXIII. GERMAN. Esta confianza de ser oídos deriva, creo yo, de la pureza de conciencia. Según esto, nosotros, que sentimos aún el aguijón del pecado, ¿cómo podremos tener esa confianza? ¿Qué méritos nos autorizan a presumir que nuestras oraciones van a ser oídas?

XXXIV. ISAAC. Las diversas causas por las que se nos oye en la oración responden a la variedad de almas y a sus dispares disposiciones. Testigo de ello son el Evangelio y los profetas.

Basta que dos se unan en su plegaria y pidan de común acuerdo una gracia para alcanzarla. Efectivamente, según sentencia el Señor: “Si dos de vosotros convinieris sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos”.

La misma eficacia tiene una fe firme e inquebrantable, que se compara al grano de mostaza: “Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible”. Lo propio se ofrece a esa asiduidad en la oración, es decir, a esa demanda constante y pertinaz que el Señor ha calificado de importuna: “Yo os digo que si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, a lo menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite”. El mismo efecto surte el mérito de la limosna: “Deposita - dice la Escritura - la limosna en el corazón del pobre, y ella rogará por tí en el tiempo de la tribulación”. Eficaces son asimismo la enmienda de la vida y las obras de misericordia, según aquello: “Rompe las ataduras de la iniquidad y trata de deshacer los haces opresores”. Y tras algunas frases en que el Profeta fustiga la esterilidad de un ayuno ineficaz, añade: “Entonces llamarás, y el Señor te oirá; clamarás, y El dirá: Heme aquí”. En fin, a veces es el exceso de la tribulación lo que hace seamos oídos, según de estas palabras: “En la tribulación clamé al Señor, y me oyó”. Y en otro lugar: “No maltratarás al extranjero, porque si clamare a mí, le oiré, porque soy compasivo”.

Por lo dicho hasta aquí podéis comprobar los múltiples medios de obtener la gracia de ser escuchados. Nadie, pues, por graves que sean los remordimientos de su conciencia, debe por eso descorazonarse cuando se trata de la salvación y de los bienes eternos. Convencido estoy de nuestras miserias, y quiero, incluso, admitir que estamos completamente desprovistos de las virtudes de que hemos hablado antes. Ni existe entre nosotros esa inefable unión de dos almas, ni nuestra fe llega a la pequeñez del grano de mostaza. Concedo también que nos son ajenas las obras de caridad y misericordia que describe el Profeta. Pero ¿no podemos usar de esa importunidad que está al alcance de todos? A ella ha vinculado el Señor la concesión de lo que le pedimos. Rechacemos con firmeza las inútiles vacilaciones que pugnan contra la fe. Persistamos a toda costa en la plegaria. No dudemos que si perseveramos en nuestro empeño merecemos ser oídos en todo aquello que solicitamos según el espíritu de Dios.

Porque es el mismo Señor quien, deseoso de otorgarnos los bienes celestiales, nos mueve en cierta manera a hacerle violencia con nuestra importunidad. Por eso, lejos de ahuyentar a los importunos, les infunde alientos y les encomia, alentándoles con la dulce promesa de concederles todo cuanto habrán esperado con constancia: “Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, quien busca halla y al que llama se le abre”. y aun: “Todo cuanto pidieréis en la oración, creyendo que vais a conseguirlo, lo recibiréis, y nada será imposible para vosotros”.

Pero si nuestra indigencia es tal que no podemos alegar ninguno de los títulos a que aludíamos para que nuestra plegaria sea atendida, mantengámonos por lo menos en esta importunidad apremiante. Sin exigir ello un gran mérito ni una labor demasiado pesada, está en

nuestra mano. Tengamos por cierto, sin embargo, que nuestra oración no será escuchada mientras abriguemos en nuestro interior la menor duda de que será acogida favorablemente.

También nos recuerda este precepto de perseverar infatigables en la plegaria el ejemplo del Profeta Daniel. Atendidas sus súplicas desde el primer instante, no consigue el efecto de su oración sino después de veinte días. Lo cual constituye un acicate para nosotros en el sentido de que no debe menguar el ardor de nuestra plegaria, aun cuando el Señor parezca atenderla con lentitud o dilación. Tal vez la divina Providencia permite semejantes dilaciones precisamente para favorecernos. Quizá también el ángel a quien incumbe aportarnos el beneficio divino, después de salir de su presencia, se ve obstaculizado por la resistencia que opone en nosotros el enemigo común. Y desde luego tendrá que demorarla y aun dejar de concedernos la gracia que hemos pedido y que debe transmitirnos al tropezar con la tibieza de nuestra oración. Lo que indefectiblemente le hubiera acaecido al Profeta, si con su virtud incomparable no hubiera porfiado en la oración durante ese lapso de veintiún días.

Alejemos de nosotros, por consiguiente, los menores atisbos de desesperación capaces de hacer trepidar la firmeza de nuestra fe. Máxime cuando nos parezca que han sido desatendidas nuestra peticiones. No pongamos entonces en tela de juicio aquella promesa del Señor que dice: “Y todo cuando con fe pidieras en la oración, lo recibiréis”.

Menester es, pues, que recordemos de continuo estas palabras de Juan el Evangelista, que anulan toda incertidumbre a este respecto: “Esta es la confianza que tenemos puesta en Dios, que en todo lo que le pidiéramos, según su voluntad, nos oye”. San Juan sólo exige esta plena y firme confianza en aquello que se ajusta a la voluntad divina, no en aquellas cosas que miran sólo y primordialmente a nuestro bienestar o a nuestra satisfacción temporal. Es lo que el Señor nos hace pedir en su oración: “Hágase tu voluntad”. “Tuya”, no “nuestra”. Recordemos además esta frase de San Pablo: “Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene”. Nos hace comprender por una parte que a menudo solicitamos cosas que contrarían abiertamente los intereses de nuestra salvación, y por otra que Dios, que conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, nos hace un bien inmenso en negar con miras a nuestro provecho lo mismo que postulamos.

Esto es cabalmente lo que sucedió al Apóstol de los Gentiles. Pedía verse libre del ángel de Satanás. La voluntad bienhechora de Dios le había puesto junto a él para abofetearle. Y así exclama: “Por eso rogué tres veces al Señor que se retirase de mí (Satanás), y El me dijo: Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder”. Tal es también el pensamiento que el Señor expresaba en su humanidad, para enseñarnos con su ejemplo, entre otras cosas, la forma de orar, cuando

dijo: “Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, mas no se haga como yo quiero, sino como Tú”. Y, sin embargo, su voluntad no discrepaba un ápice de la de su Padre. Porque había venido a salvar lo que había perecido y dar su vida en redención por muchos. De esta vida suya afirma él mismo: “Nadie me la quita; soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla”. Acerca de la unión íntima de su voluntad con la del Padre, el santo profeta David pone en sus labios en el salmo este pensamiento: “Para hacer tu voluntad, Dios mío, lo quise”. Si del Padre leemos que “de tal modo amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo”, también del Hijo se lee que “se dio a sí mismo por nuestros pecados”. Y si del Padre se afirma que “no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”, también se dice del Hijo que “se entregó a sí mismo porque quiso”. La unión sustantiva de voluntad entre el Padre y el Hijo se refleja en todas partes, inclusive en el misterio de la resurrección, donde se nos revela que ambos no tuvieron más que una sola y misma operación. Según San Pablo, es el Padre quien ha resucitado el cuerpo de su Hijo, cuando escribe: “Y Dios Padre que le resucitó de entre los muertos”. Pero también el Hijo asevera que reedificará el templo de su cuerpo: “Destruid este templo, y yo, en tres días, lo reedificaré”.

Siguiendo, pues, el ejemplo del Señor, debemos siempre poner fin a nuestra oración expresando un voto semejante al suyo y asociar a todas nuestras peticiones este deseo: “Pero no se haga como yo quiero, sino como Tú”. Es sabido que éste es el sentido de la triple inclinación que se hace en las asambleas litúrgicas de los monjes al concluir la sinaxis. Y es evidente que el monje que no esté absorbido entonces en su plegaria, no podrá ser fiel a esta práctica.

DEBEMOS ORAR EN NUESTRO APOSENTO A PUERTA CERRADA

XXXV. Debemos observar con particular fidelidad el precepto evangélico que nos manda permanecer en el recinto de nuestra habitación, cerrada la puerta, para ofrecer la oración a nuestro Padre. Veamos la manera de dar cumplimiento a esa prescripción del Señor.

Oramos en nuestro aposento cuando ponemos a cubierto nuestro corazón de la realidad circundante, apartándole del tumulto y turbación de pensamientos y cuidados que le solicitan. Luego, en la soledad de nuestro interior, manifestamos al Señor en secreto y familiarmente nuestras necesidades. Orar con la puerta cerrada es dirigir nuestras súplicas sin mover los labios, en un perfecto silencio, a Aquel que penetra los corazones, no menos que las palabras.

Oramos en secreto cuando hablamos a sólo Dios con el corazón y la aplicación de la mente, no manifestando más que a El nuestras cuitas, de tal suerte que ni siquiera las potestades enemigas pueden columbrar

nuestra plegaria. Esta es la razón del profundo silencio que debemos observar en la oración. Porque no sólo no debemos distraer a los circunstantes con nuestro susurro y clamor, turbando su atención, sino también celar a nuestros enemigos - que multiplican entonces sus asaltos - el fin e intención de nuestras plegarias. Con esto ponemos en práctica el precepto que dice: “Guarda las confidencias de tus labios aun de la esposa que duerme en tu seno”.

XXXVI. Por lo mismo, debemos orar con frecuencia, pero con brevedad. Porque prolongando la oración corremos el peligro de que el enemigo, que nos espía de continuo, introduzca en nuestra mente alguna distracción. Este es el sacrificio verdadero, porque “el sacrificio grato a Dios es un corazón contrito”. Esta es la oblación saludable, la ofrenda pura, el “sacrificio de justicia”, el “sacrificio de alabanza”. Ahí están las víctimas enjundiosas, “los holocaustos pingües”, ofrenda de un corazón contrito y humillado. Si los presentamos a Dios con el fervor e intención que hemos dicho, podremos contar con la plena seguridad de ser atendidos: “séate mi oración como incienso ante ti, y el alzar a ti mis manos, como oblación vespertina”.

Pero precisamente la hora en que nos hallamos y la proximidad de la noche nos invitan a cumplir este deber. Nuestra conferencia se ha prolongado sobremanera, y aunque, según mi corto ingenio, parece que os haya expuesto un sin número de cosas en torno a este tema, en realidad es muy poco lo dicho por tratarse de una materia tan sublime como difícil.

* * *

El discurso del venerable abad Isaac nos había enajenado sin llegar a quedar saciados. Después de celebrada la sinaxis de la tarde, nos fuimos a descansar un poco. Al rayar el alba del día siguiente, partíamos. Pero nos llevábamos la promesa del abad. Nos había dicho que nos haría una exposición más completa en la próxima visita que le hiciéramos. La certeza de recibir aún más doctrina venía a acrecentar la alegría que sentíamos por las enseñanzas que habíamos recibido.

Hasta entonces tan sólo se nos había hablado de la excelencia de la oración. Pero por qué procedimiento y virtud íntima podía llegar a ser continua, permanecía siendo para nosotros un enigma, que esta primera entrevista no nos había esclarecido del todo.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD ISAAC

DE LA ORACIÓN

Entre las sublimes enseñanzas de estos solitarios, que con el favor divino he consignado - aunque con un estilo harto deficiente -, el orden de la narración me obliga a abordar ahora un punto que a primera vista parecerá menoscabar la importancia del tema propuesto. Tal vez va a aparecer como un lunar en un bello rostro humano.

Sin embargo, abrigo la esperanza de que los sencillos sacarán enseñanzas muy provechosas de lo que dice el Génesis acerca de la imagen de Dios omnipotente en nosotros. Tanto más cuanto que esta verdad es de tal trascendencia, que el ignorarla entrañaría una grosera blasfemia, y aun podría ser de grave detrimento para la fe católica.

DE LA COSTUMBRE QUE EXISTE EN EGIPTO DE ANUNCIAR LA PASCUA

II. Existe en Egipto esta antigua tradición. El día de Epifanía es, al decir de los sacerdotes de la provincia, el del bautismo del Señor y de su nacimiento según la carne. Por eso este doble misterio no se celebra entre ellos, como en Occidente, en dos solemnidades distintas, sino en una sola festividad. Pues bien, después de esa fiesta en Epifanía, el obispo de Alejandría envía cartas a todas las iglesias y monasterios del país para notificar las fechas en que principian la Cuaresma y la Pascua.

Habían transcurrido varios días desde la conferencia con el abad Isaac. Según costumbre, llegaron de Alejandría las cartas oficiales del obispo Teófilo. Pero, no satisfecho éste con anunciar la Pascua, compuso también un tratado dogmático contra la absurda herejía de los antropomorfitas, refutándola con gran copia de argumentos. Esto provocó un general descontento entre los monjes, cuya simplicidad les había inducido con la mayor buena fe a aquel error.

Muy pronto, un gran número de ancianos recibieron estas cartas de tan mal talante, que opusieron resistencia al obispo, declarando que era reo de grave herejía. Decidieron que toda la comunidad de los monjes debía considerarle como a excomulgado, puesto que contradecía abiertamente a la Sagrada Escritura, negando que el Dios todopoderoso tenía figura humana, cuando el Génesis dice formalmente que Adán fue creado a su imagen. En una palabra: los monjes que moraban en el desierto de Escete, y eran considerados tanto en ciencia como en santidad superiores a los de los monasterios egipcios, rechazaron de

común acuerdo la carta episcopal. Entre los sacerdotes hubo una sola excepción: nuestro presbítero, el abad Pafnucio. De los demás que presidían las otras tres iglesias del yermo, ninguno en absoluto permitió leerla o recitarla en las asambleas.

III. A las víctimas de este error se sumaba un solitario llamado Serapión, celebrado desde hacía mucho tiempo por la austeridad de su vida y consumada virtud. Pero su ignorancia en este punto era tanto más peligrosa a los que profesaban la verdadera fe cuanto mayor era el prestigio de que gozaba en razón de su edad proveya y su vida ejemplar. Esto le situaba en un lugar relevante entre los monjes.

A pesar de las repetidas instancias del santo presbítero Pafnucio, todo fue en vano; nadie pudo lograr de él que volviera a la verdadera fe. Esta creencia le parecía a él una innovación. Los ancianos – decía - no la habían siquiera conocido, y él mismo no la había enseñado jamás.

Pero cierto día se presentó casualmente un diácono, por nombre Fotino, varón de vastos conocimientos. Su deseo de conocer a los monjes que moraban en el yermo de Escete le había conducido allí desde Capadocia. El venerable Pafnucio le acogió con grandes muestras de afecto y alegría.

Deseoso de dar confirmación a la doctrina de las cartas episcopales, rogóle expusiera en presencia de los hermanos cómo las iglesias católicas de Oriente interpretaban esta frase del Génesis: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Fotino explicó que todos los obispos de estas iglesias estaban de acuerdo en no interpretar a la letra del pasaje bíblico. Esta imagen y semejanza divinas las tomaban en un sentido espiritual. El diácono defendió asimismo esta opinión con palabras ricas de contenido doctrinal y adujo innumerables testimonios escriturísticos.

No era posible sostener que la majestad de Dios, por ser infinita, incomprendible e invisible, pudiera tener algo compuesto como nosotros, algo análogo a la forma humana que le limitara y circunscribiera. Nuestra mirada, igual que nuestro espíritu, eran totalmente incapaces de captar y comprender esa naturaleza incorpórea, ajena a toda composición, absolutamente simple. La exposición de nuestra doctrina triunfó al fin. Nuestro venerable anciano cedió ante tantas y tan atinadas razones, adhiriéndose a la fe tradicional.

Este cambio repentino llenó al abad Pafnucio, no menos que a nosotros, de una alegría sin límites. Dios no había permitido que un varón de tan avanzada edad y de virtud tan eminente, y a quien sólo su ignorancia y una simplicidad ingenua habían precipitado en aquel error, anduviera hasta el fin fuera del camino de la verdadera fe. Sin

más, nos levantamos para ofrecerle al Señor públicas acciones de gracias.

No obstante, durante nuestra plegaria el buen anciano sintió una turbación extrema al comprobar que se le esfumaban las formas humanas, bajo las cuales solía representarse a la divinidad en la oración. Súbitamente se deshizo en gemidos y lágrimas, y, prosternado en tierra, se lamentaba con grandes gritos: “¡Desgraciado, desgraciado de mí! ¡Me han arrebatado a mi Dios! No tengo ya nada en qué fijarme y asirme. No sé a quién adoro, a quién dirigirme. ¡No lo sé!”

Nos sentimos profundamente conmovidos ante semejante actitud. Además, conservábamos vivo el recuerdo de la última conferencia. Por eso nos dirigimos de nuevo al abad Isaac. Al verle, le hablamos así:

IV. Más que el suceso inaudito de estos últimos días, lo que nos mueve a venir a verte es el recuerdo imborrable que guardamos de tu conferencia. No obstante, el grosero error del abad Serapión ha hecho crecer más este deseo.

A nuestro juicio, si el anciano ha caído en él, es debido a las astucias del enemigo. Estamos profundamente consternados al ver los efectos de tal caída: por de pronto, se está malogrando el fruto de tantos y tan penosos trabajos como ha soportado a lo largo de cincuenta años en el desierto con un tesón admirable. Luego - y esto es lo más lamentable - se expone, si persiste en su error, a una muerte eterna.

Quisiéramos saber, ante todo, cuál es el origen y la causa de un yerro tan grave. Por eso te rogamos nos enseñes, cuanto antes, el medio de llegar a esa oración que con tanta elocuencia nos expusiste anteriormente. Tu hermosa conferencia nos llenó de admiración. Sin embargo, no nos trazó aún el camino por el que podemos llegar al término apetecido.

ORIGEN DE LA HEREJÍA ANTROPOMORFITA

V. ISAAC. No debe sorprendernos que un hombre de suyo simplicísimo, que no ha recibido instrucción alguna en punto a la doctrina sobre la sustancia y naturaleza divinas, haya sido víctima hasta el presente de su ignorancia, permaneciendo adherido a este error. En realidad, no ha hecho sino tributar pleitesía a antiguas creencias en boga.

No se trata aquí, tal como vosotros suponéis, de una nueva ilusión de Satanás, sino más bien de ciertas reminiscencias del antiguo paganismo, que se complacía en revestir de forma humana a los demonios que adoraba. En la actualidad hay quienes creen que la majestad incomprensible e inefable del Dios verdadero debe

representarse bajo la forma de alguna imagen sensible. Y están convencidos de que es imposible fijar su pensamiento y consagrarse a la oración si no tienen presente en el espíritu y ante sus ojos una imagen a la cual ofrecer sus súplicas. De no ser así, les parece que están en presencia del vacío y de la nada. Este error es el que condena el Apóstol al decir: “Y mudaron la gloria incorruptible de Dios en la semejanza de una imagen corruptible de hombre”. Y Jeremías dice asimismo: “Mi pueblo mudó su gloria en un ídolo”. Tal es, para muchos, el origen gentilico de esa herejía.

Otros, en cambio, que han sabido sustraerse a la superstición pagana incurrieran en ella por ignorancia y rusticidad, tomando pie de aquella frase de la Escritura: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. La herejía antropomorfitá ha nacido propiamente de la interpretación torcida de este texto. Interpretación desde luego detestable. En ella se sostiene con una obstinación diabólica que la sustancia infinita y simplicísima de Dios ofrece los mismos rasgos materiales y la misma forma de nuestro organismo humano.

Todo aquel que esté bien iniciado en los principios del dogma católico rechazará como una blasfemia gentilica esta concepción absurda. De este modo llegará a aquella oración purísima en que no cabe representación sensible ni admite forma corporal en la divinidad. Esa oración que aparta incluso del espíritu el recuerdo de toda imagen o idea perniciosa que pueda alterar la verdad.

VI. Os dije en la conferencia precedente que la elevación del alma en la oración está en razón directa de la pureza en que ha vivido antes de ella. Paulatinamente y a medida que avanza por los caminos de la purificación, se aparta de la vista y recuerdo de las cosas terrenas y sensibles. Por donde llega a hacerse capaz de ver con sus ojos interiores a Jesús en la humildad de su cuerpo mortal, o glorificado en la majestad y brillo de su gloria. Porque no podrá ver a Jesús cuando aparezca en el esplendor de su reino quien, estando todavía dentro de esta especie de debilidad de los judíos, no pueda decir con el Apóstol: “Aunque hayamos conocido a Jesucristo según la carne, ya no le conocemos como tal”.

Únicamente pueden contemplar su divinidad con ojos muy puros los que, elevándose por encima de todas las obras y pensamientos bajos y terrenos, se retiran y suben con El a esta montaña elevada de la soledad. En ella Jesucristo aparta a las almas del tumulto de las pasiones y las separa de la turbación de los vicios. Y así, sublimadas con la eminencia de las virtudes, les revela la gloria y el esplendor de su rostro. Es que tienen los ojos del corazón bastante puros para contemplarle.

Cierto que Jesús se deja ver también de los que habitan en las ciudades y las aldeas; es decir, de los que están ocupados en la vida

activa y en las obras de caridad. Pero en esta gloria y en esta majestad radiante, sólo se da a conocer a los que pueden subir - como Pedro, Santiago y Juan - a la montaña de las virtudes. Así es como en otro tiempo se apareció a Moisés y habló a Elías en el fondo de una soledad.

Jesucristo mismo ha querido confirmarnos esto con su ejemplo y trazarnos en su persona el modelo de una perfecta pureza. Siendo El hontanar de toda santidad, no tenía necesidad, como nosotros, de retiro y soledad para alcanzarla. Además, siendo la misma pureza, no podía contaminarse con el roce de las muchedumbres ni con el consorcio de los hombres. Al contrario, cuando le place, su contacto y su presencia santifica y aquilata cuanto hay de impuro en los hombres. Y sin embargo de ello, se retira “a la montaña completamente solo para orar”.

Quiso enseñarnos con esta actitud que cuando queremos ofrecer a Dios las oraciones perfectas y las puras afecciones de nuestro corazón, debemos separarnos como El de la confusión y bullicio del mundo. Merced a ello, aun estando en una carne mortal, podremos conformarnos de algún modo con esta soberana beatitud que se promete a los santos en la otra vida, y, según la palabra de San Pablo, considerar a “Dios todo en todas las cosas”.

EN QUÉ CONSISTE EL FIN Y PERFECCIÓN DE NUESTRA PLEGARIA

VII. Entonces veremos el pleno cumplimiento de la oración que nuestro Señor dirigió a su Padre por sus discípulos: “Para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y ellos en nosotros”. Y también: “Que todos sean una misma cosa, como Tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros uno”. La perfecta dilección por la cual “Dios nos amó el primero”, llenará nuestro corazón por la virtud de esa plegaria. Nuestra fe nos anticipa que esa oración no será vana.

Veamos cuáles serán las señales de ello. En nosotros no habrá más amor, deseo, afán, esfuerzo, ni más pensamiento, vida, palabra ni respiración que no sea para el mismo Dios. La unidad que existe actualmente entre el Padre y el Hijo y entre el Hijo y el Padre se nos comunicará en lo más íntimo del alma. Del mismo modo que Dios nos ama con una caridad verdadera y pura, en la que no cabe defección, también nosotros le estaremos unidos por la indisoluble unidad de una dilección sin mengua. Estaremos de tal suerte adheridos a El, que todo cuanto esperamos, entendemos, hablamos, será todo por El.

De este modo llegaremos a la meta suspirada que el Señor deseaba para nosotros en su plegaria: “Que todos sean una misma cosa; yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados también ellos en la unidad”. Y también: “Padre, aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy estén ellos también conmigo”.

Tal debe ser la destinación, el ideal del solitario. Con todas las energías de su ser debe aspirar desde esta vida a poseer la posesión de la futura bienaventuranza, a gustar en su cuerpo mortal la vida de la gloria celeste. Este, repito, es el fin de toda perfección: que el alma, libre de todo lastre de la carne, como alada, se despegue de las cosas visibles y vuele rauda hacia las alturas del espíritu. Que toda su vida, que todos los movimientos de su corazón no formen en adelante más que una oración única e ininterrumpida.

MEDIOS PARA LLEGAR AL RECUERDO CONTINUO DE DIOS

VIII. GERMAN. Tu primera colación nos había admirado sobremanera; por lo que nos hizo desear verte de nuevo. Pero nuestra admiración sube de punto después de lo que acabas de decirnos. Porque cuanto más alentados nos vemos con tus palabras a desear vivamente tamaña felicidad, más abatidos nos sentimos también al ignorar el medio conducente a un estado tan sublime.

No obstante, nuestro espíritu se ha dedicado ampliamente a la meditación en la soledad de nuestras celdas. Permítenos ahora abrirte nuestro corazón y manifestarte nuestros pensamientos, que quisiéramos establecer. Ten paciencia para escucharnos, pues es necesario seamos un poco prolijos. Estamos persuadidos de que tu caridad no va a molestarse por las inepticias de los débiles. Además, bueno es de vez en cuando publicarlas para rectificar su sinrazón y lo que tienen de absurdo. He aquí nuestro parecer.

Creemos que todo arte o ciencia debe empezar - antes de poder alcanzar la perfección - por ciertos rudimentos o principios axiomáticos, fáciles y asequibles la inteligencia. Quiero decir que sus primeras enseñanzas deben ser como una leche racional que nos nutra y fortifique poco a poco, elevándonos insensiblemente y gradualmente de los fundamentos a la cima más encumbrada.

De esta suerte, captados los primeros principios y franqueando el alma, como quien dice, la puerta de esa nueva vida que abraza, necesariamente y sin esfuerzo llega a penetrar sus secretos y alcanza la perfección. ¿Cómo es posible, pongo por caso, que un niño pronuncie las sílabas y forme las palabras si antes no ha aprendido a conocer bien las letras? O ¿cómo podrá leer de corrido y sin vacilar quien apenas puede leer tres palabras seguidas? ¿Cómo podrá llegar a ser hábil en la retórica o en la filosofía quien no conoce todavía las reglas de la gramática?

Por la misma razón creemos que este arte divino que nos enseña a mantenernos inseparablemente unidos a Dios, tiene también sus

fundamentos y bases. Y que es menester establecerlos primero y consolidarlos después para asentar en seguida sobre ellos este edificio espiritual de la perfección.

En nuestro concepto, estos cimientos se reducen a dos. En primer lugar hay que saber buscar algo que llene nuestra mente y nos sirva para pensar en Dios; luego, encontrar el medio de fijar esta idea u objeto de meditación para mantenernos en ella constantemente. Nosotros creemos que en estos dos principios estriba toda la perfección.

Por eso deseamos saber cuál puede ser esa fórmula capaz de hacernos concebir la idea de Dios y tenerle sin cesar presente en nuestra mente. De modo que teniéndola siempre ante los ojos, no bien nos damos cuenta de que la hemos dejado escapar, tengamos dónde dirigir en seguida nuestro pensamiento. Esto puede facilitarnos el asirla de nuevo, sin perder el tiempo en inútiles ambages y rodeos.

Porque sucede a veces que, después de estar largo tiempo divagando y como perdidos en nuestra oración, intentamos volver a nosotros como de un profundo sopor, despertando de nuestro sueño. Pretendemos entonces renovar el recuerdo de Dios, que estaba ya ahogado en nosotros. Pero el largo esfuerzo que esto supone nos fatiga, y antes de que hayamos recuperado nuestros antiguos pensamientos, la atención jadea, sumiéndonos en la disipación y el olvido. Nuestro espíritu no ha podido, replegándose dentro de sí mismo, concebir una sola idea sobrenatural.

Ahora bien, es evidente que si caemos en esta confusión es porque no tenemos nada concreto - una fórmula, por ejemplo - que nos propongamos como un objetivo fijo y podamos de pronto atraer y centrar en él nuestro espíritu. O sea, algo que sea capaz de hacerle salir de esa fugacidad que engendra la distracción que le ha llevado largo tiempo a la deriva, para anclarlo seguro en el puerto de la paz.

Así sucede que nuestra alma, sumida en esta ignorancia y en tal multitud de obstáculos y dificultades, anda errabunda y como en una embriaguez continua. Discurre sin brújula, de objeto en objeto, sin detenerse en ninguno. Si un pensamiento espiritual le sobreviene más por azar que por su propia labor e investigación, se siente incapaz de retenerlo por mucho tiempo. Y es que las ideas se le suceden unas a otras como en un perpetuo flujo y reflujo, aceptándolas todas sin seleccionarlas. Y, claro, no puede darse cuenta de su principio ni cuándo se alojaron en su mente, como no puede tampoco percatarse de su fin y cuándo dejaron de permanecer en ella.

RESPUESTA. FUERZAS QUE LA INTELIGENCIA REPORTA DE LA EXPERIENCIA

IX. ISAAC. La pregunta que me hacéis es tan precisa y sutil, que ello es señal inequívoca de que no andáis muy lejos de la pureza.

Apenas si se puede, no digo ya comprender esta materia, pero ni siquiera apreciar las dificultades que dices, a no ser que se invirtiera en ello mucho tiempo y se realicen muchos esfuerzos para penetrarla. Preciso es haber sido amaestrado durante mucho tiempo por la larga experiencia de una vida regulada y exacta para poder tener, al fin, la audacia de llamar a la puerta de esa pureza divina o arder en deseos de poseerla.

Pero, según echo de ver por lo que acabáis de decir, no sólo habéis llegado al umbral de una oración tan excelente, sino que habéis penetrado en su interior, conociendo de una manera tangible una gran parte de lo que oculta como más secreto e impenetrable. Por donde colijo con evidencia que no ha de costarme gran trabajo introducirlos - en tanto que Dios me conceda su gracia - en los senos más profundos de este santuario, y que no os será difícil intuir las cosas que voy a tratar de enseñaros. Es conocer la mitad de una cosa saber lo que debe hacerse para conocerla; y un hombre es tanto más sabio cuanto mejor conoce lo que ignora.

De ahí que no temo pasar por una persona ligera o que traiciona la verdad que posee, descubriéndoos hoy lo que en la conferencia precedente había querido ocultaros acerca de la perfección y de la excelencia de la plegaria. Y es que en el estado en que os halláis, Dios solo, prescindiendo de mis palabras y aun de mi ayuda, os haría comprender más cosas sobre este punto que las que yo pudiera explicaros.

ESCUELA DE ORACIÓN CONTINUA

X. El símil que habéis adoptado - con mucho tino, por cierto - entre el aprendizaje de la oración continua y la instrucción de los niños, está plenamente justificado. Estos no pueden aprender el alfabeto, ni reconocer sus letras, ni trazarlas con mano firme y aseguera, si no tienen al efecto signos o caracteres cuidadosamente grabados en el encerado. Llegan a saber escribir a fuerza de fijarse en ellos y ejercitarse diariamente en reproducirlos.

Análogamente en la ciencia del espíritu. Es preciso que tengáis un modelo hacia el cual podáis orientar con insistencia vuestro rayo visual. De esta suerte os habituáis a tenerlo sin cesar en vuestro pensamiento, os lo apropiáis gracias a esta meditación continua, y así podéis elevaros

a más amplia contemplación. Pero veamos cuál es este modelo que ha de servirnos de instrucción, esta fórmula de oración que buscáis.

Todo monje que tiene la mente fija en el recuerdo constante de Dios, debe habituarse a meditarla constantemente, y con su ayuda, rechazar los demás pensamientos. Porque no podrá retenerla sino a cambio de inhibirse totalmente de las solicitudes y voliciones carnales. Es éste un secreto de incalculable valor. Nos lo han transmitido los contados supervivientes de los Padres de la primera edad, y sólo lo manifestamos a ese corto número de almas a quienes acucia la sed de conocerlo.

Si queréis que el pensamiento de Dios more sin cesar en vosotros, debéis proponer continuamente a vuestra mirada interior esta fórmula de devoción: “Deus in adiutorium meum intende, domine ad adiuvandam me festina” – “Ven, oh Dios, en mi ayuda, apresúrate, Señor, a socorrerme” - . No sin razón ha sido preferido este versículo entre todos los de la Escritura. Contiene en cifra todos los sentimientos que puede tener la naturaleza humana. Se adapta felizmente a todos los estados, y ayuda a mantenerse firme ante las tentaciones que nos solicitan.

En efecto, entraña la invocación hecha a Dios para sortear los peligros, la humildad de una sincera confesión, la vigilancia de un alma siempre alerta y penetrada de un temor perseverante, la consideración de nuestra fragilidad. Hace brotar asimismo la esperanza consoladora de ser atendidos y una fe ciega en la bondad divina, siempre pronta a socorrernos. Quien recurre sin cesar a su protector, adquiere la seguridad de que le asiste a todas horas. Viene a ser como la voz del amor urgente, de la caridad acendrada; es como la exclamación del alma cuya mirada se posa medrosa sobre las asechanzas que la rodean, que tiembla frente a los enemigos que la asedian día y noche, y de quienes sabe que no puede librarse sin el auxilio de aquel que invoca.

Este versículo es una muralla inexpugnable y protectora, una coraza impenetrable y un escudo firmísimo contra todos los combates del demonio. El que vive dominado por la acedia, la aflicción de espíritu, la tristeza o abrumado por algún pensamiento, encuentra en estas palabras un remedio saludable. Y es que nos muestra que aquel a quien invocamos es testigo ocular de nuestros combates y no se aleja nunca de los que en Él confían.

Más, si con signo inverso, todo parece felizmente logrado en lo que afecta a nuestra salvación, y nuestro corazón rebosa de jocunda euforia, estas palabras santas nos ponen también sobre aviso. Porque nos advierten que no debemos engreírnos por una dicha en que es imposible mantenerse estable sin la protección de Dios, pues confesamos no sólo que tenemos necesidad de su ayuda, sino también que nos es preciso experimentarla cuanto antes.

En una palabra: en cualquier situación en que nos pongan las circunstancias de la vida, esta plegaria nos será siempre útil y necesaria. Porque quien desea que Dios le ayude siempre y le socorra en todos los trances, revela bien a las claras que le es menester este auxilio. Y no únicamente cuando le acaricia la suerte y todo le sonríe, sino también cuando la prueba y la tristeza cunden en su alma; puesto que de Dios depende tanto el librarnos de la adversidad como el hacernos vivir en la alegría. Además, debemos abundar en la idea de que la debilidad del hombre no puede, sin la ayuda de Dios, mantenerse a tono ni frente a los bienes ni frente a los males de la existencia.

Supongamos que me siento combatido por la tentación de la gula. Mi espíritu apetece en el desierto las viandas que el yermo no produce. En las más hondas soledades percibo el olor de los manjares que se sirven en la mesa de los príncipes. ¿Qué mejor entonces que decir: “Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme?”

Tengo la tentación de anticipar la hora de la comida, y siento mi corazón taladrado de dolor por la violencia que me es preciso hacerme para guardar la medida fijada por la sobriedad prudencial. ¿Qué puedo hacer en esta tribulación sino exclamar con lágrimas y gemidos: “Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme?”

Las rebeldías de la carne me obligarán alguna vez a observar ayunos más rígidos y a una abstinencia más dura que de costumbre; pero no me siento con fuerzas para ello debido a la debilidad de mi estómago. Con el fin de permanecer firme en mi primera resolución o para obtener, al menos, que los ardores de la carne se extingan sin el remedio violento de una abstinencia tan ruda, suplicaré con fervor: “¡Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme!”

Ha llegado la hora regular que me invita a tomar el alimento. Pero sucede que el pan me causa fastidio, nada me apetece y me veo falto del necesario sustento. Entonces prorrumpiré con gemidos, diciendo: “¡Dios mío ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!”

Algunas veces, para contener mi corazón, que se disipa, quiero aplicarme a la lectura. Fatalmente comienzo a sentir un dolor de cabeza que me impide seguir adelante o me vence el sueño a las nueve del día. Si levanto la cabeza y me hago violencia para leer, no tardaré enseguida en caer rendido sobre mi libro. De este modo me siento movido a prolongar o anticipar el tiempo destinado para el descanso. Más aún: la violencia del sueño que no puedo vencer, me hace entrecortar la recitación de los salmos y oraciones canónicas durante la sinaxis. ¿Qué haré yo en este estado si no clamar a Dios desde el fondo de mi corazón: “Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme?”

El sueño permanece lejano de mis pupilas. Me hallo fatigado con insomnios e ilusiones diabólicas. Sin poder pegar los párpados, me es

imposible tomar el descanso reparador que necesito por la noche. Suspirando acudiré al Señor con esta plegaria: “¡Dios mío, ven en mi ayuda, Señor, apresúrate a socorrerme!”.

Estoy todavía en lucha contra los vicios. Me halagan los deleites de la pasión. La carne me tienta y pretende, a favor del sueño, arrebatarse solapadamente mi voluntad, inclinándome al consentimiento. Para impedir que en este trance el ardor del fuego enemigo abraza las flores delicadas y suaves de la castidad, ¿qué mejor que exclamar: “Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme”?

Siento en mí extinguidos los dardos encendidos de la concupiscencia y como amortiguados los incentivos de la carne. Para que esta virtud que he conseguido, y por mejor decir, para que esta gracia de Dios perseverare en mí, diré de continuo: “¡Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!”.

La ira, la concupiscencia, la tristeza me atormentan y me turban. Una fuerza incoercible me empuja a ceder en la suavidad que me había propuesto como ideal. Temeroso de que la ira engendre en mí el acíbar y la hiel, con gemidos sólidos, de lo más profundo del alma exclamaré: “¡Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!”.

Soy presa del tedio, siento la tentación de la vanagloria y del orgullo; la negligencia y la tibieza ajena suscitan en mí, al compararlas con mi aplicación, una secreta y furtiva complacencia. Para que esta sugestión del enemigo no prevalezca, ¿qué mejor entonces que prorrumpir con un corazón contrito y humillado: “Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme?”

He conseguido la gracia de la humildad y de la simplicidad, y he dominado, gracias a una continua compunción, la petulancia del orgullo. Mas recelo que el “pie del soberbio y la mano del pecador van a hacerme tambalear”. La altivez del triunfo puede poner en contingencia mi victoria y hacerme sangrar de una herida más profunda. Con el corazón en los labios suplicaré entonces: “¡Dios mío, ven en mi ayuda, apresúrate Señor a socorrerme!”

Pululan en mi mente distracciones sin número, y los pensamientos más dispares anulan toda estabilidad en mi alma. Me siento falto de fuerzas para refrenar las tendencias divergentes de mis pensamientos. Me es imposible orar. Me siento vejado por un hervidero de fantasmas y figuras, simple proyección de recuerdos pasados. Unas veces son palabras que yo he pronunciado u oído, otras será efecto de lo que yo mismo he visto y puesto por obra. En tal situación, mi alma, fría y estéril, es incapaz de suscitar en mí el más leve sentimiento de devoción. ¿Qué es lo que me pondrá al abrigo de este estado desolador, cuando ni las lágrimas ni los suspiros han sido suficiente para ponerme

a salvo de él, sino esta plegaria: “Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme?”

Mi alma ha encontrado su camino, su dirección. Mis pensamientos han cobrado estabilidad, afianzándose en Dios. Aflora a mi corazón la alegría, y mi espíritu se siente transportado de un gozo inexpresable. Todo este cortejo de bienes me los ha traído consigo la visita del Espíritu Santo. Es un desbordar de sentimientos sobrenaturales. En ellos soy favorecido con las más señaladas revelaciones. Y ante la iluminación súbita del Señor, asoman una serie de evidencias hasta entonces totalmente insospechadas, sobre los más profundos misterios. Ahora bien, para que merezca gozar largo tiempo de esta luz, debo decir a menudo y con toda el alma: “¡Oh Dios, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme!”.

Los demonios me asedian de temores nocturnos, los espíritus inmundos me hostigan con sus fantasmas. El exceso de espanto ahoga en su fuente toda esperanza de salvación. Buscaré entonces un refugio en el contenido de este versículo, como en un puerto de salvación, y exclamaré con todas mis fuerzas: “Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme”.

Animado con la venida y consolación del Señor, me siento como circundado de millares de ángeles. Aquellos a quienes temía yo antes más que a la muerte, y cuyo contacto e incluso su simple acercamiento me amedrentaba y hacía correr por todos mis miembros escalofríos de terror, ya no me inspiran la menor desconfianza. Ahora soy yo quien se atreve a ir a su encuentro y provocarles al combate. Para conservar largo tiempo esta intrepidez y vigor sobrenatural, nada más a propósito que clamar con todas las energías de mi ser: “¡Dios mío, ven en mi socorro; Señor, apresúrate a ayudarme!”

Sea, pues, este versículo el alimento constante de nuestra oración. En la adversidad, para vernos libre de ella; en la prosperidad, para mantenernos firmes y precavidos contra la soberbia. Sí, que sea esta plegaria la ocupación continua de vuestro corazón. En el trabajo, en vuestros quehaceres, yendo de viaje, no dejéis nunca de repetirla. Ya comáis, ya durmáis, en todos los menesteres de la vida, meditaad este pensamiento. Vendrá a ser para vosotros una fórmula de salvación, que no sólo os pondrá en guardia contra los ataques del enemigo, sino que os purificará de todo vicio y de toda impureza terrena. Al propio tiempo, os elevará hasta la contemplación más subida de las cosas celestiales e invisibles, a aquel ardor inefable de oración que es de tan pocos conocido.

Que el sueño cierre vuestros ojos pronunciando estas palabras. Hasta que, a fuerza de repetirlas, adquiráis el hábito de decirlas incluso después de conciliar el sueño. Que sean, así mismo, al despertaros, lo primero que recuerde vuestro espíritu. Rezadlas de rodillas al dejar el

lecho, y que os acompañen desde entonces a lo largo de vuestras acciones sin que os abandonen jamás. Las meditaréis, según el precepto de Moisés, estando en casa y yendo de camino, durmiendo y al despertar; las escribiréis sobre vuestros labios, la grabaréis sobre los muros de vuestras celdas y en el santuario de vuestro corazón. En suma: que estas palabras os acompañen como vuestro único refrán al postraros para la oración; y en seguida que os levantéis, seguid con ellas el ritmo ordinario de la vida, para que sea en todos los quehaceres de vuestra existencia una oración siempre viva y continua.

ORACIÓN A QUE SE ELEVA EL ALMA PRACTICANDO LA ENSEÑANZA QUE PRECEDE

XI. Persiste el alma en la rumia constante de estas palabras. Hasta que, meditándolas sin cesar, encuentre el coraje suficiente para rechazar otros pensamientos, viendo que éstos no son más que riquezas y bienes deleznable. Además, limitándose a esta sola oración y versículo, llegará de una manera connatural y rápida a aquella bienaventuranza de que habla el Evangelio, y que tiene la primacía entre todas: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Y así, en posesión de esa pobreza eminente, se cumplirá en él la sentencia del Profeta: “El pobre y el indigente alabarán tu nombre”. De hecho en verdad, ¿qué pobreza puede haber más grande y de mayores quilates que la de aquel que se reconoce desprovisto de todo recurso y de toda fuerza y solicita de la largueza ajena el auxilio que cada día necesita? Más aún: que ve que su vida y su ser se conservan a cada instante gracias a la divina bondad, y se proclama con razón verdadera mendigo del Señor, dirigiéndole a diario con voz suplicante esta plegaria: “Yo soy mendigo y pobre; pero Dios me ayuda”.

Por lo demás, el mismo Dios le colmará con su luz para hacerle ascender a la ciencia multiforme de Dios, saciándole de la visión de los misterios más sublimes y ocultos. Así lo afirma el Profeta: “Los altos montes, para los ciervos; las piedras, para los erizos”. Este texto ilustra a maravilla la idea que tratamos de explicar.

Todo aquel que persevera en la simplicidad de la inocencia no causa molestia ni es gravoso a nadie. Satisfecho con su simplicidad, y con ella sola, no ambiciona otra cosa que un abrigo que le ponga a cubierto del enemigo y le evite ser el blanco de sus adversarios. Semejante al erizo espiritual, guarecido bajo la piedra del Evangelio, que es el recuerdo de la pasión del Señor y la meditación incesante de nuestro versículo, se hace capaz de soslayar todas las emboscadas del enemigo. De estos erizos espirituales se nos dice en el libro de los Proverbios: “Los erizos son animales inofensivos; sólo saben defenderse haciéndose como un ovillo; se guarecen en los agujeros de las piedras”. Efectivamente, ¿quién más indefenso que un cristiano? ¿Quién más débil que un

monje? No solamente le faltan medios de vengar las injurias que se le infieren, sino que ni siquiera tiene el derecho de concebir el menor sentimiento de enojo o animosidad. Y esto aún aunque sea tácitamente o en el secreto de su corazón.

Aquel que ha arribado a este grado y continúa progresando, no sólo posee la simplicidad y la inocencia, sino que, armado de la virtud de la discreción, se convierte en exterminador de las serpientes venenosas y mantiene juzgado a Satanás bajo sus plantas. El ardor encendido de su alma le asemeja a un ciervo espiritual que se apacienta sobre las montañas de los profetas y de los apóstoles. Es decir, se sacia de sus celestiales y misteriosas enseñanzas.

Vivificado con este alimento, del que no cesa de nutrirse, penetra en el íntimo sentido de los salmos. Y así no es de maravillar que los recite no como compuestos por el Profeta, sino como si fuera él mismo el autor. Esto es, como si se tratara de una plegaria personal, sintiéndose movido de la más honda compunción. O también los considera escritos adrede para él, y comprende que los sentimientos que contiene no se realizaron solamente antaño en la persona del Salmista, sino que se cumplen en él todos los días.

Y es que en realidad los textos bíblicos se nos hacen más asequibles así. Aparece claramente su corazón y su meollo - si vale la expresión - cuando no solamente comprendemos su sentido por nuestra experiencia, sino que prevenimos ese mismo conocimiento. Entonces lo que nos revela las verdades que contienen no son las palabras, sino la prueba que hemos hecho nosotros personalmente. Penetrados de los mismos sentimientos en los cuales fue compuesto o cantado el salmo, venimos a ser, por decirlo así, los autores. Nos anticipamos al pensamiento más bien que lo seguimos; captamos el sentido, más que comprender la letra. Las palabras santas evocan en nosotros recuerdos de cosas vividas.

Así, por ejemplo, los asaltos diarios que hemos soportado o sostenemos todavía, los descalabros o conquistas de nuestro celo, los beneficios de la divina Providencia, las letras del enemigo, las negligencias del olvido tan sutil y presto a deslizarse en nuestra alma, las deficiencias debidas a la humana fragilidad, los engaños y pérdidas que sufrimos a causa de nuestra ignorancia, todos estos sentimientos heterogéneos los encontramos expresados en los salmos. Pero por haberlos vivido antes tenemos una inteligencia mucho más profunda de ellos, hasta ver todo cuanto se nos dice como en un espejo purísimo.

Instruidos por lo que nosotros mismos sentimos, no los percibimos como cosa meramente oída, sino experimentada y tocada por nuestras manos; no como historia ajena e inaudita, sino como algo que damos a luz desde lo profundo de nuestro corazón, cual si fueran sentimientos que forman parte de nuestro propio ser. Repitémoslo: no es la lectura

quien nos hace penetrar en el sentido de las palabras que decimos, sino la propia experiencia adquirida de antemano en la vida cotidiana.

Por esta senda nuestra alma llegará a la pureza de la oración, que fue el blanco a que intentó apuntar nuestra conferencia pasada, según la gracia que Dios se dignó otorgarnos. Esta oración no es entorpecida por ninguna imagen, ni se sirve de frase o voces articuladas. Brota en un arranque de fuego que parte del corazón. Es un transporte inefable, una impetuosidad del espíritu, una alegría del alma que sobrepuja todo encarecimiento. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que el lenguaje no puede traducir.

CÓMO FIJAR EN LA MENTE LOS PENSAMIENTOS ESPIRITUALES

XII. GERMAN. Te habíamos pedido que nos dieras la ciencia espiritual. Has hecho más, pues nos has hablado también de la perfección. Y todo, en términos tan claros y precisos como podíamos desear. ¿Puede haber algo más perfecto y sublime que poder encontrar a Dios por el más corto camino y por la meditación de un solo versículo franquear las fronteras de lo visible? Porque con él abrazamos en pocas palabras todos los sentimientos que puede engendrar la plegaria.

No nos queda ya más que aprender una cosa. Este versículo que nos brindas como una fórmula de oración, ¿cómo podemos retenerlo y fijarlo en nuestra mente? Libres, por gracia de Dios, de la vanidad de los pensamientos del mundo, ¿cómo guardar de una manera constante los pensamientos espirituales?

XIII. Porque ocurre con frecuencia que concibe la mente la inteligencia de cierto pasaje de un salmo. En seguida se olvida de él sin advertirlo, y el alma, en su inconsciencia, fija su atención en otro texto de la Escritura. Se dispone a meditarlo; pero antes de penetrar a fondo su sentido, inmediatamente surge en su mente un nuevo texto, rechazando, “ipso facto”, el precedente. Entre tanto, sobreviene otro, y nuevo cambio.

De este modo el alma va dando tumbos de salmo en salmo; salta del Evangelio a San Pablo, de San Pablo a los profetas, para fijarse después en cierta historia bíblica edificante. Inconstante y vagabunda, discurre de acá para allá por los campos de las Escrituras. Ni sabe rechazar ni sabe retener nada que le plazca. Imposible en este plan profundizar ni esclarecer nada hasta el fin. Displicente y veleidosa, no hace más que tocar a la ligera y desflorar los pensamientos santos, sin producir ni centrarse en ninguno en realidad. Siempre en movimiento, siempre errante y a la ventura, incluso en el tiempo de la sinaxis, se derrama en todas direcciones. Diríase víctima de la embriaguez. Y claro es que en

estas circunstancias no cumple cual conviene con ninguno de sus oficios y deberes. Así, por ejemplo, es la hora de la oración. Vuelve con el pensamiento sobre algún salmo o alguna lectura. Si canta, piensa en otra cosa de lo que dice el salmo. Si lee en voz alta, empieza a proyectar algo que debe hacer después, o se ocupa en lo que ha hecho con anterioridad.

De esta suerte, ni acoge ni admite con fijeza ningún tema a propósito para detenerse en él o rechazarle. Parece un juguete del azar. Ni siquiera está en su poder el retener o guardar las ideas en las cuales se complace.

No obstante, es de primera necesidad, para cumplir bien nuestros ejercicios espirituales, guardar constantemente en nuestro pensamiento el versículo que se nos ha dado como una fórmula de vida, para que el principio y fin de los buenos pensamientos esté en nuestra mano. Así nuestras ideas, lejos de fluctuar a capricho de la inconstancia, gozarán de plena consistencia bajo el dominio de la razón.

RESPUESTA. MEDIO DE FIJAR NUESTRO CORAZÓN Y DAR ESTABILIDAD A NUESTROS PENSAMIENTOS

XIV. ISAAC. Aunque, según creo, he respondido antes suficientemente a vuestra pregunta, al tratar de la oración, no obstante, puesto que me pedís insista sobre ello, expondré brevemente el medio de fijar en Dios nuestro corazón.

Tres cosas dan solidez a un espíritu disipado: las vigiliias, la meditación, la oración. La asiduidad y la aplicación continua a estos tres ejercicios establecen al alma en una firmeza inquebrantable. Esta, con todo, no se adquiere si no se consagra además a un trabajo continuo, inspirado no en motivos egoístas de codicia, sino en las necesidades sagradas del monasterio. Pues ahí está el medio de evitar las inquietudes y los cuidados de la vida presente, y hacer posible el cumplimiento del precepto del Apóstol: “Orad sin interrupción”.

El que no ora más que cuando está de rodillas, ora muy poco. Pero quien, estando de rodillas, se abandona a todas las distracciones no ora nada en absoluto. También es preciso antes de la oración ponerse en las disposiciones que se quieren tener cuando se está consagrado a ella. Porque es una ley infalible que la actitud del alma depende entonces de las disposiciones que le han precedido. Y la veremos ora elevándose hacia las alturas del cielo, ora abismándose en la tierra, según los pensamientos en los cuales se habrá entretenido antes de la plegaria.

* * *

Aquí terminó la segunda conferencia del abad Isaac sobre la oración, que escuchamos con admiración profunda. Estábamos maravillados por su doctrina sobre el versículo *Dios mío, ven en mi ayuda, Señor, apresúrate a socorrerme*, que él había aconsejado a los principiantes como fórmula de oración. Deseábamos nosotros vivamente ponerla en práctica. Habíamos creído que era un mérito breve y sumamente fácil. Pero la experiencia nos demostró muy pronto que era aún más difícil que el procedimiento seguido por nosotros hasta ahora. Esta había consistido en discurrir por la Sagrada Escritura, meditando en distintos textos y saltando de uno a otro sin fijarnos en ninguno.

Hay constancia, sin embargo, de que nadie por ignorancia a pocas letras queda excluido de la vida de perfección. Ni siquiera que la rusticidad es obstáculo para alcanzar la pureza del alma. Todos, sin excepción alguna, tienen un medio a su alcance, breve y eficaz, que consiste en meditar asiduamente este versículo, uniéndose a Dios con la más sincera e íntima intención del corazón.